

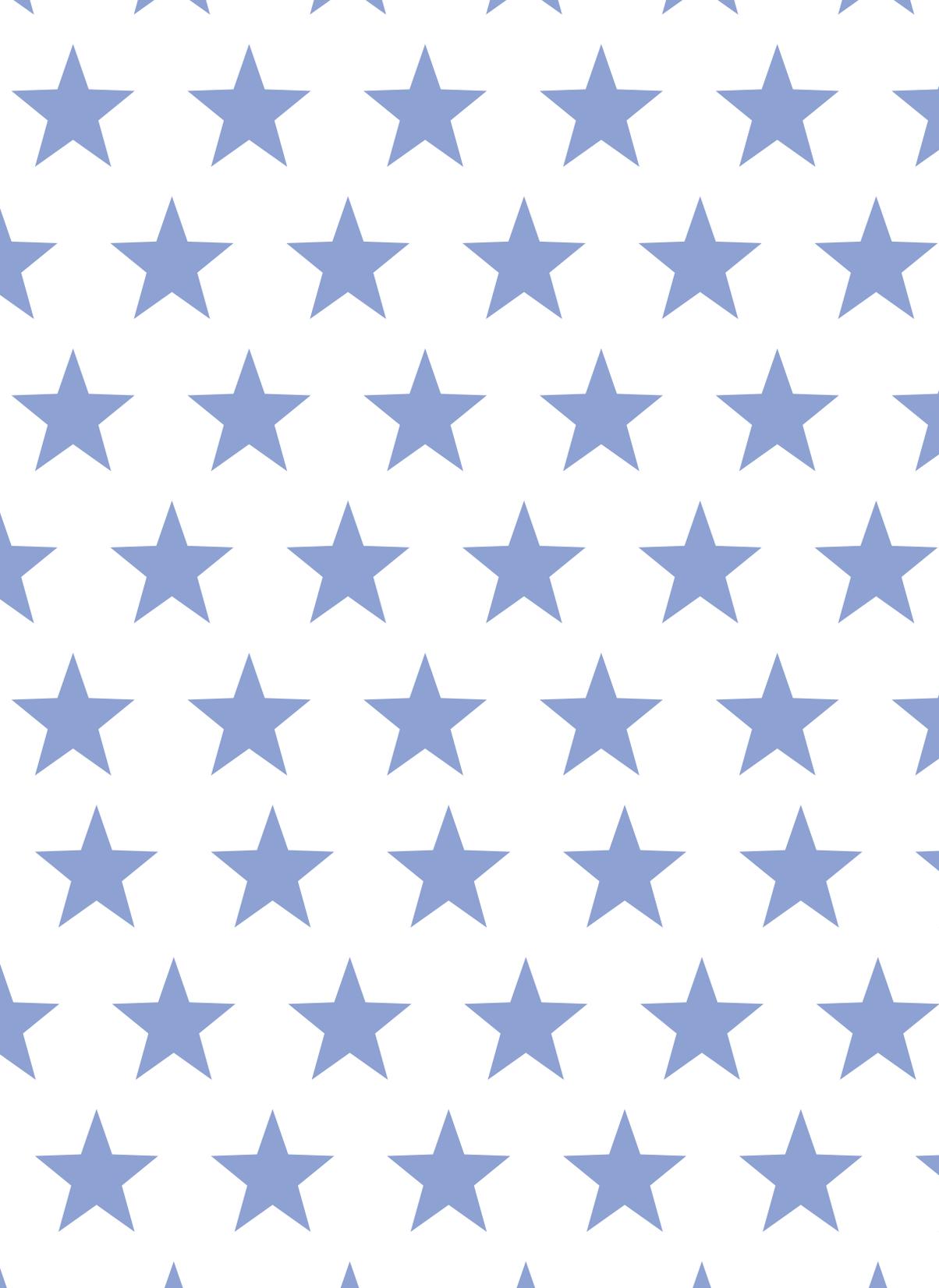
Tomasita Quiala



# CUENTOS MÁGICOS DE LA VIEJA CUBA

Sara del Castillo Peinado y  
José Manuel Pedrosa (eds.)





CUENTOS MÁGICOS  
DE LA VIEJA CUBA

**Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información**

**Nombres:** Quijala, Tomasita, 1960- , autor. | Castillo Rojas, Sara del, editor. | Pedrosa, José Manuel, 1965- , editor.

**Título:** Cuentos mágicos de la vieja Cuba / Tomasita Quijala ; Sara del Castillo Rojas, José Manuel Pedrosa (eds.).

**Descripción:** Primera edición. | Morelia, Michoacán : Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad Morelia, Laboratorio Nacional de Materiales Orales, 2022. | Serie: Corpus.

**Identificadores:** LIBRUNAM 2138403 (impreso) | LIBRUNAM 2177197 (libro electrónico) | ISBN 9786073061056 (impreso) | ISBN 9786073070256 (libro electrónico).

**Clasificación:** LCC PQ7390.Q85.C84 2022 (impreso) | LCC PQ7390.Q85 (libro electrónico) | DDC 864—dc23

## CUENTOS MÁGICOS DE LA VIEJA CUBA

Primera edición: mayo de 2022

Primera edición electrónica: diciembre de 2022

D.R. © 2022. Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán,  
C.P. 04510, Ciudad de México, México.

Laboratorio Nacional de Materiales Orales  
Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad Morelia  
Antigua Carretera a Pátzcuaro 8701,  
Col. Ex Hacienda de San José de la huerta,  
C.P. 58190, Morelia, Michoacán

ISBN Volumen electrónico: 978-607-30-7025-6

ISBN Colección electrónica: 978-607-02-7995-9

Diseño de portada: Celeste Jaime

Diseño de colección: Alter:Nativa Gráfica

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Quetzal Mata Trejo.

Hecho en México.

# CUENTOS MÁGICOS DE LA VIEJA CUBA

**TOMASITA QUIALA**

**EDICIÓN DE**

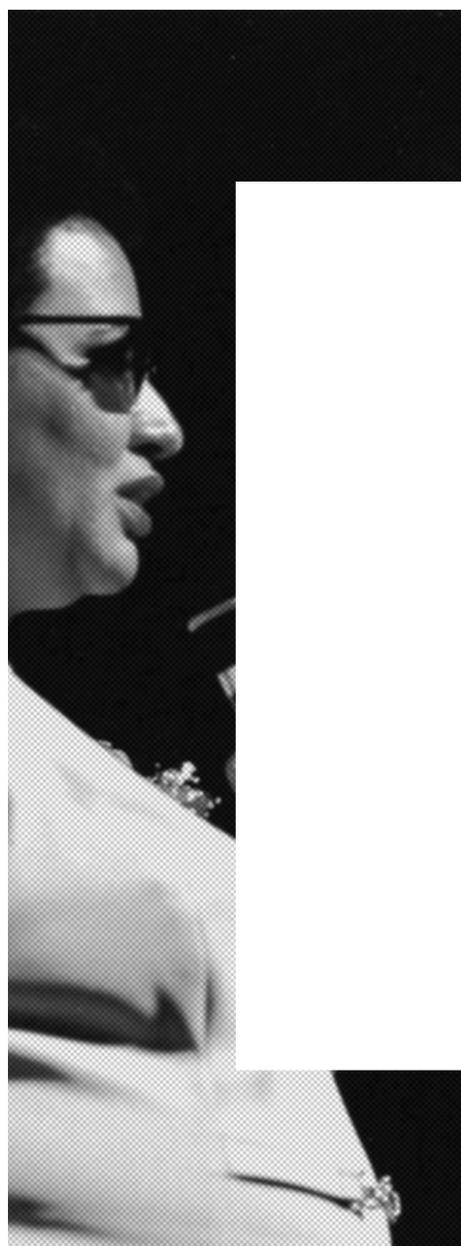
**SARA DEL CASTILLO PEINADO Y JOSÉ MANUEL PEDROSA**

**LANM**[Editorial]



# ÍNDICE GENERAL

8	INTRODUCCIÓN José Manuel Pedrosa
35	I. CRITERIOS DE TRANSCRIPCIÓN Y EDICIÓN
40	II. CUENTOS MÁGICOS DE LA VIEJA CUBA CORPUS
42	“MI NOMBRE ES JUANA TOMASA QUIALA ROJAS”
44	1. Blanca Flor y Blanca Rosa
55	2. El pájaro de alas de plata
63	3. María Cenizosa
71	4. El niño que se transformó en una mata de higos
75	5. Las tres toronjas
81	6. Permita Dios, la Rosa Divina
88	7. Tírame los brazos de mamá
98	8. Blanca Flor, Blanca Rosa y Blanca Nieves
106	III. DOSIER CARTOGRÁFICO
109	IV. DOSIER FOTOGRÁFICO
114	V. FUENTES DE CONSULTA



# INTRODUCCIÓN

La colección de cuentos tradicionales cubanos que sale aquí a la luz fue registrada entre los días 6 y 11 de octubre de 1998 en Las Palmas de Gran Canaria. Se celebraba allí el VI Encuentro-Festival Iberoamericano de la Décima y el Verso Improvisado, al que concurrieron muchos de los más notables poetas-músicos improvisadores en castellano y en otras lenguas de los que se hallaban en activo en las postrimerías del siglo xx. Entre ellos estaba el venerado Jesús Orta Ruiz, el Indio Naborí (1922-2005), considerado el gran impulsor histórico de la dignificación del arte de la improvisación cubana en décimas; también Santos Rubio (1938-2011), el irreplicable artista chileno que es hoy figura absolutamente legendaria de la poesía popular en nuestra lengua; Miguel Candiota (1936-2007), maestro fundamental del trovo alpujarreño, quien hilvanó impresionantes desafíos con quien fuera su compañero de muchos años en el arte del repentismo, el fabuloso José Rodríguez Sevilla. No faltaron, en la sección de las conferencias académicas, los investigadores egregios de la poesía oral improvisada, entre ellos Antonio Zavala (1928-2009), épico recuperador del tesoro más reservado del *bertsolarismo* vasco. La nómina completa de los artistas e investigadores de relieve que se dieron cita allí, bastantes de ellos hoy por desgracia desaparecidos, es imposible, por lo nutrido, de desgranar aquí.

Con la perspectiva que da el paso del tiempo, hoy se puede afirmar que aquel VI Encuentro-Festival fue la reunión más

importante que ha sido mantenida nunca para celebrar, reivindicar y estudiar el arte de improvisar versos en el espacio cultural iberoamericano. Mérito muy principal corresponde a su director, Maximiano Trapero, quien llevaba muchos años urdiendo la densa trama humana, artística y académica sobre la que se asentó un acontecimiento que movilizó a un enorme y heterogéneo plantel de poetas, músicos y conferenciantes, y a un público tan nutrido como entusiasta.

En el primer volumen de las actas del Encuentro, editadas por Maximiano Trapero, Eladio Santana Martel y Carmen Márquez Montes,<sup>1</sup> quedó reflejo de las ponencias académicas, pronunciadas muchas de ellas en las aulas de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria; el segundo volumen recuperó, por escrito y en registros sonoros acompañantes, una hermosa representación de las décimas y demás versos que los poetas-músicos alumbraron, la mayoría sobre las tablas del Teatro Pérez Galdós. En esas actas consta la nómina completa de los artistas (poetas improvisadores y músicos acompañantes) y las transcripciones de algunas de las composiciones que allí nacieron; y en esos registros sonoros se escuchan admirables destellos de voces, melodías e instrumentos.

Pero hubo, entre bambalinas, muchos más versos, prosas y músicas excelentes e incluso geniales de los que no quedó por desgracia registro, porque fueron pronunciados o cantados *off the record*, bien en conversaciones privadas, bien en los ban-

<sup>1</sup> Véanse las Actas del *Sexto Encuentro-Festival Iberoamericano de la décima y el verso improvisado*, 2 vols., ed. Maximiano Trapero, Eladio Santana Martel y Carmen Márquez Montes (Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria-ACADE, 2000). El primer volumen, de 592 páginas, recoge las ponencias académicas. El segundo volumen, de 234 páginas, transcribe una muestra de los poemas que fueron improvisados durante el evento. Ambos libros fueron acompañados por una "antología sonora en doble CD", que refleja algunos de los momentos álgidos del acontecimiento.

quetes con que cada día nos agasajaban nuestros anfitriones, bien en los autobuses que nos llevaban de algún bello paraje de la Gran Canaria a algún otro. Si todo el arte que en aquellos días afloró en circunstancias informales hubiese podido ser registrado y editado, las actas resultantes hubiesen visto multiplicado su volumen, y seguramente también su valor.

Los momentos más relajados eran probablemente los del desayuno; y los más tumultuosos los de las cenas, que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada, con las persianas de los restaurantes bajadas y los camareros asistiendo atónitos al derroche de genialidad de los comensales que se resistían, en la mesa y en la sobremesa, a dejar de interpelarse en verso con mayor soltura que si hablasen en prosa, y a recordar sentidamente las figuras de viejos repentistas ya desaparecidos, o a añorar desafíos y controversias que habían dejado huellas imborrables en las memorias.

En los desayunos yo, que acudí en calidad de conferenciante, aproveché para grabar algunos cuentos a dos de los artistas más renombrados de los que acudieron al Encuentro-Festival: al ya mencionado Santos Rubio, inolvidable artista chileno; y a Tomasita Quiala, repentista cubana de dotes excepcionales. Del rarísimo repertorio de cuentos de Santos Rubio he publicado ya alguna muestra,<sup>2</sup> y espero dar a conocer más en el futuro. El repertorio realmente admirable que me comunicó Tomasita sale a la luz, por fin, en este libro.

La iniciativa de grabar narraciones en prosa a quienes eran *versadores* famosísimos suponía adentrarse en una auténtica

---

<sup>2</sup> Véase José Manuel Pedrosa, "Guatemala, 1706: el caso de las dos brujas que se metían de noche en el cuento de El sueño del tesoro (ATU 1645A)", en *Mujeres quebradas. La Inquisición y su violencia hacia la heterodoxia en Nueva España*, ed. María Jesús Zamora Calvo (Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2019): pp. 229-271.

*terra incognita*, no solo para mí, sino también, probablemente, para ellos, puesto que Santos y Tomasita no se habían visto nunca (creo) en la tesitura de declarar sus repertorios de cuentos: ningún folclorista les había preguntado nunca al respecto. Los resultados superaron las expectativas, y fueron demostración de que ambos eran no solo poetas-músicos-repentistas geniales, sino también narradores de cuentos de altísimo nivel.

El repertorio de cuentos de Tomasita cuyas transcripciones brindan estas páginas es de calidad tan excepcional que no hay glosa sencilla ni rápida que pueda dar cuenta de él; se trata de un corpus que está entrando, en este momento mismo de nacer, en la más escogida bibliografía del cuento folclórico hispánico y mundial; y que dará quehacer a los analistas del futuro. Como lo deseable es no restarle brillo ni protagonismo, entraré aquí en no muchas disquisiciones: las mínimas para ofrecer a los lectores unos pocos elementos de juicio que permitan apreciar mejor algunas de sus singularidades y méritos.

Hay que destacar, para empezar, cuatro cualidades que realzan esta colección: su enorme valor como documento lingüístico, puesto que su transcripción refleja con absoluta fidelidad, sin los cambios y licencias usuales en muchas ediciones de relatos orales, el registro idiomático de Tomasita; su irreprochable legitimidad etnográfica, que nos abre una ventana privilegiada a la cultura oral viva en el pueblo cubano de Arroyón de Flores (en el que Tomasita aprendió los cuentos) de los primeros años 60; su rareza documental, pues resulta verdaderamente insólito allegar, en estos días de declive dramático de la literatura oral patrimonial y de globalización rampante, un repertorio narrativo en el que tienen tanta presencia y prestancia los cuentos maravillosos extensos; y, finalmente, su calidad literaria exultante, su estilo superior.

Téngase en cuenta que el cuento tradicional maravilloso fue de los primeros repertorios de la literatura oral que cedió a la presión de los productos de la cultura de masas que vinieron a sofocar la imaginación popular del siglo xx, de la mano de la radio, la televisión, internet. La extensión por lo general respetable del cuento maravilloso, que plantea serias exigencias de memoria y maestría en el uso verbo; su notable complejidad narrativa, ideológica, simbólica; lo delicado de su ritualismo, apegado a formas de sociabilidad (a las veladas en las cocinas, calles, patios, campos de labor...) en vías de desaparición... Todos fueron factores que hicieron del cuento maravilloso un patrimonio extremadamente vulnerable.

Mucho mejor podían y pueden defenderse los relatos más breves y versátiles, como los chistes, que se las arreglan muy bien para manifestarse a través de los resquicios más mínimos e imprevistos. Aunque hoy no pueden darse por completamente extintos, sí se puede decir que en Europa los cuentos tradicionales maravillosos son muy difíciles ya de registrar en versiones de calidad; y que en América, donde hace algunas décadas era un repertorio todavía robusto, se torna cada vez más complicado encontrar narradores cualificados, repertorios sustanciales, versiones memorables o simplemente cabales. A no ser que se dé con narradores fuertemente especializados: como Tomasita.

No es fácil definir qué es un narrador especializado, ni argumentar qué requisitos ha de cumplir alguien para serlo. Un narrador especializado es alguien más o menos reconocido en el seno de su comunidad por su memoria excepcional, por su arte verbal sofisticado, por la maestría en el uso de la voz. Su especialización no tiene nada que ver con la del oficial o el profesional que recibe alguna remuneración por su trabajo,

ni es equiparable a la del cantor-músico que es regularmente contratado para participar en fiestas o festivales, o para hacer grabaciones. El capital esencial del narrador especializado es su prestigio, su fama en el seno de su grupo, y opera esencialmente en el marco de lo social-simbólico, no de lo económico.

El caso de Tomasita es singular y complejo, porque se da la paradoja de que ella es una artista profesional y muy reconocida de la voz; pero no de la voz en prosa, sino de la voz en verso, en particular del verso improvisado, con el que ha recorrido los escenarios de muchos países, grabado discos, acumulado celebridad. Prueba de su asociación estricta al arte de la poesía oral improvisada es que en 1998 se sintió sorprendida cuando yo le solicité que me narrase cuentos y no versos; ningún estudioso ha vuelto, desde entonces, a preguntarle por sus cuentos; todavía hoy, en 2022, Tomasita asegura que ella no se siente una narradora autorizada de cuentos, sino una simple intérprete, mediadora o puente de la voz de los más viejos, en especial de la voz de sus tíos, a los que señala como los maestros auténticos en el arte del narrar. Ella, que se siente orgullosa, con toda justicia, de la calidad de sus versos, se expresa con pudor y modestia cuando habla de sus cuentos.

Mas es preciso, en esto, contradecirla: quiéralo o no, los hubiera cultivado antes o no, Tomasita es una narradora muy personal y destacada de cuentos: toda una legítima narradora especializada. La prueba está en el tesoro artístico que nos brinda este libro.

Merece la pena advertir que no es el de Tomasita un virtuosismo verbal impostado ni artificioso: es el virtuosismo que le sale de manera natural, instintiva, a una artista que ha dedicado toda su vida a perfeccionar los recursos de su voz, aunque fuera en verso y no en prosa. El haber pillado por sorpresa a

Tomasita, en desayunos sin etiqueta en que ella no se esperaba la solicitud de que narrase cuentos, fue una estrategia positiva, que impidió que pudiese preparar o rebuscar nada, que se agarrase a clichés o convenciones: ante las demandas a bocajarro de cuentos, no le quedó otra que abrir de par en par las puertas de su memoria y dar rienda suelta a su verbo, que por más arrollador y barroco que sea, en ella suena siempre a sincero.

Basta con comparar los cuentos de Tomasita con los publicados en otras colecciones cubanas, como la valiosísima registrada por Martha Esquenazi Pérez en pueblos de la Cuba más recóndita,<sup>3</sup> para percibir la excepcionalidad de la narradora de Arroyón de Flores: los cuentos transcritos de la boca de los narradores de Esquenazi, sin dejar de ser de calidad superior, son más parcos, de sintaxis más recortada, menos coloridos que los cuentos de Tomasita. En parte acaso porque a los narradores de Esquenazi, nativos de geografías realmente selváticas, gentes humildes y parcas, nadie les había puesto nunca un micrófono delante; mientras que Tomasita gusta de usar las habilidades y recursos de la artista profesional incluso cuando juega en un terreno (el de la prosa) que no es el habitualmente suyo.

El repertorio de cuentos extensos de Tomasita es, como quedará demostrado en estas páginas, amplio y variado. Pero no se puede decir que sea especialmente raro, ni que nos regale tipos narrativos insólitos. De hecho, no hemos tenido apenas dificultad (si se descuenta la notoria excepción de *La mujer del pez*, sobre la que me explayaré) en establecer las concordancias de cada uno de ellos con el catálogo internacional de cuentos de Aarne-Thompson-Uther,<sup>4</sup> que es algo así, para quien no lo sepa,

---

<sup>3</sup> Véase Martha Esquenazi Pérez, *Los cuentos cantados en Cuba* (La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2002).

<sup>4</sup> Hans-Jörg Uther, *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography*,

como la enciclopedia en que están indexados muchos de los tipos de cuentos que corren por el mundo. Dicho de otro modo: Tomasita no nos descubre una veta de cuentos insólitos, pero sí nos revela un estilo insólito de narrar cuentos.

El lector medianamente especializado y conocedor de la dispersión mundial de los cuentos y del catálogo de Aarne-Thompson-Uther se apercibirá enseguida de que el relato que Tomasita tituló *Blanca Flor y Blanca Rosa* es una versión realmente deslumbrante de uno de los cuentos maravillosos de mejor representación en el mundo entero: el ATU 313C [*La muchacha ayudante + La novia olvidada*]. El mismo lector quedará maravillado cuando, al leer *María Cenizosa*, que reelabora con maestría los tipos ATU 480 + 510A [*Las muchachas amable y antipática + La Cenicienta*], descubra acentos inauditos en un cuento, el famosísimo de Cenicienta, que en labios de Tomasita resurge con potencia inusitada y fachada diferente de la habitual. Apreciará que *El niño que se transformó en una mata de higos* que aquí se da, es una versión muy hermosa y creativa de ATU 780B [*El cabello parlante*], un cuento de resonancias antiquísimas, que se dejaron oír, para nuestro asombro, en la *Eneida* de Virgilio.<sup>5</sup> Se quedará estupefacto ante la versión de Tomasita de *Las tres toronjas*, que es una de las versiones más deslumbrantes que conozco del cuento ATU 408 [*Las tres naranjas*], muy desparramado por todo el mundo, y que fue la fuente de inspiración, por ejemplo, de la opera *El amor de las tres naranjas*, de Serguei Prokofief. Admirará en *Permita Dios, la Rosa Divina*, una deslumbrante variación de ATU 675 [*El muchacho vago*]. Encontrará en *Tírame los brazos de mamá* un

*Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson* (Helsinki: Suomalainen Tiedakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004).

<sup>5</sup> Véase Vicente Cristóbal, "El episodio de Polidoro en la *Eneida* (III, 19-68): variantes mitográficas, paralelos folclóricos y muestras de su pervivencia literaria", en *Cuadernos de filología clásica. Estudios latinos* 16 (1999): pp. 27-44.

feliz pastiche en que se dan cita, inusualmente contaminados, los no muy raros tipos ATU 706 + ATU 326 [*La muchacha sin manos* + *El velador de la casa hechizada*]; y degustará, en fin, en *Blanca Flor*, *Blanca Rosa* y *Blanca Nieves*, una versión muy bien resuelta de ATU 879 [*La mata de albahaca*]. Aprovecho para aclarar que Tomasita es la responsable de cada título impuesto a cada cuento. Los títulos que he añadido después, entre corchetes, son los de aplicación convencional, en la bibliografía y en los catálogos internacionales de cuentos.

Con toda intención he dejado para el final la referencia al cuento que Tomasita titula *El pájaro de alas de plata*, que he catalogado con una sopa de letras y cifras realmente extraña: AT 431C\* [*La mujer del pez*] + ATU 432 [*El príncipe pájaro*]. Al lector más atento le habrá llamado la atención que ese enunciado mencione primero un tipo “AT” (por única vez en este libro) y a continuación un tipo “ATU”. La explicación de ese misterio llegará al cabo de unas cuantas páginas, tras el despliegue de unos cuantos paralelos documentadas en culturas diversas.

Empecemos por lo más sencillo y mejor acreditado: el cuento que Tomasita titula *El pájaro de alas de plata* tiene una segunda parte que se corresponde con el tipo convencional de *El príncipe pájaro* (ATU 432, *The Prince as Bird*); se trata de un cuento de dispersión enorme, que ha sido registrado en las tradiciones orales de varios continentes. El catálogo de Aarne-Thompson-Uther relaciona versiones de Finlandia, Lituania, Letonia, de los lapones, Suecia, Noruega, Dinamarca, Escocia, Irlanda, Francia, España (en castellano y catalán), Portugal, Alemania, Italia, República Checa, Eslovaquia, Eslovenia, Bulgaria, Grecia, Rusia, Turquía, de diversas comunidades judías y gitanas, Georgia, Siria, Líbano, Palestina, Irak, del Golfo Pérsico, Arabia Saudí, Qatar, Yemen, Irán, Paquistán, Sri Lanka, del Canadá

francófono, México, Cuba, Puerto Rico, de pueblos de cultura maya, Colombia, Chile, Egipto, Argelia, Marruecos, Sudán y Madagascar.

Su argumento típico, que traduzco del inglés, ha sido formulado de este modo, en el catálogo canónico:

*El príncipe pájaro.* La menor de las tres hermanas pide a su padre, que se va de viaje, que le traiga un regalo insólito (una pluma, una planta, un libro, un violín, un espejo, una perla, etc.). En un principio, el padre no puede encontrar tal cosa, pero luego lo obtiene de un príncipe desconocido.

La hija utiliza ese regalo para llamar a su dueño, que entra (bajo la forma de pájaro) por su ventana. Las hermanas envidiosas (o la madrastra) espían y descubren al amante. Ponen cuchillos o cristales rotos alrededor de la ventana. El príncipe es herido y no vuelve a visitarla.

La hija menor (se disfraza de hombre y) va a buscar a su amante. Escucha una conversación entre pájaros (o entre seres demoníacos, que se reúnen en o debajo de un árbol) que hablan sobre dónde se encuentra el príncipe y sobre cómo puede ser curado por un médico.

La mujer prepara la medicina, encuentra a su amante y lo cura. Como pago, le hace un regalo (un anillo, un pelo, una camisa, un caballo). El príncipe reconoce a su amante. O, de vuelta a casa, ella le convoca mediante la pluma (etc.).

Él acude, pero se enfada porque cree que ella fue quien le hirió, y ella le explica lo que realmente había pasado. Ella le muestra el segundo regalo (un anillo, una camisa, etc.) para demostrar que fue ella quien le curó. Se reconcilian.

Quien examine con atención el cuento de *El pájaro de alas de plata* narrado por Tomasita no tendrá dificultades en apreciar que se ajusta con bastante aproximación a ese argumento típi-

co. Pero se sorprenderá, seguro, de que la versión de la gran narradora cubana contenga un extenso preámbulo, evocador de los amores contrariados de la muchacha con un pez, que no ha quedado registrado en las demás versiones conocidas en el ancho mundo. El cuento de Tomasita adquiere, al entrar en esa inaudita combinación, la envergadura de un doble cuento, con la peripecia inicial de los amores de la muchacha con el pez y la peripecia conclusiva de los mismos amores, pero con el amante-pez devenido en amante-pájaro.

Merece la pena que adelantemos aquel intrigante preámbulo del relato de Tomasita:

Érase una vez un hombre que tenía tres hijas: María Teresa, María del Carmen y María Cecilia. Como siempre, en los cuentos la más pequeña es la más avispada, la más bella. María Teresa era una chica ambiciosa, orgullosa; María del Carmen era medio tonta; y María Cecilia muy avispada y muy bonita.

Entonces un día la esposa de este hombre, que no era la madre de las niñas porque habían quedado huérfanas muy pequeñas, cuando ellas eran mujeres, distribuyó las labores de la casa y dijo:

—María Teresa, que es la mayor: se encargará de limpiar el piso; María del Carmen de cocinar; y María Cecilia de ir a lavar.

Entonces un día salió María Cecilia a lavar al río; allá en los campos cubanos se lava en el río. Y cuando salió a lavar al río, se le apareció un pez, un pez muy hermoso, dorado, y le dijo:

—María Cecilia, ¿quieres que te ayude?

Entonces María Cecilia le dijo:

—¡Ay! Te lo agradecería, porque aquí hay ropas de un mes, son de muchas personas y yo sola no puedo.

María Cecilia tenía apenas quince años. Entonces el pez la empezó a ayudar a lavar, y con su encantamiento lavó todas

las ropas, las secó, las dobló y las colocó en las cestas, mientras que él conversaba con María Cecilia.

Desde entonces para María Cecilia le fue más agradable ir a lavar. Y cada vez que le correspondía, una vez a la semana, ir a lavar al río, a veces dejaba juntar ropa, y hasta dos veces iba, para que el pez la ayudara.

Poco a poco ella se sintió atraída por los encantos del pez. Pero la envidia de sus hermanas y de su madrastra, sobre todo, empezaron a sospechar que María Cecilia tenía algún interés especial en ir al río a lavar. Y entonces se pusieron a vigilar a ver qué ocurría; entonces la veían regresar muy contenta del río. Y entonces, la madrastra un día le dijo:

—María Cecilia, hoy va a ir a lavar María Teresa. Tú ocúpate de limpiar el piso, que María Teresa, que es la mayor, hoy va a ir a lavar.

Claro, cuando María Teresa fue, no apareció el pez encantado, y María Teresa tuvo que lavar a puño, con las manos, toda la ropa y doblarla ella toda en el cesto, y llevarla para la casa cuando se secó.

Y dijo:

—¡Qué va, madre! Yo no soporto más ese trabajo, ese siempre ha sido de María Cecilia, que siempre regresa sin quejarse, sin cansarse.

Probaron a la semana siguiente con María del Carmen, la otra hermana. Le dijeron a María Cecilia que se tenía que ocupar de cocinar, y tampoco apareció el pez.

Después, a la otra semana, fue María Cecilia, y la madrastra decidió ir silenciosamente a vigilarla al río. Entonces vieron cómo un pez dorado sacaba su cabeza y empezaba a conversar con María Cecilia, mientras la labor de lavar y de secar la ropa y de doblar se iba haciendo sola, y se quedó asombrada, decía:

—¡Pero esto, esto es increíble!



Se lo contó al padre de las niñas y le dijo:

—No, mañana yo termino con todo eso. Manda a la semana que viene a María Cecilia a lavar, que yo voy a terminar con todo eso.

Entonces ella tenía mucha afinidad con el pez. El pez se llamaba Sunsun, y entonces ella, siempre que llegaba a la orilla del río, le decía:

—Sunsun, dime algo.

Bueno, y esa semana que estaba descubierta, pero ella no lo sabía, va María Cecilia a lavar, se acerca al río y dice:

—Sunsun, dime algo.

Y oye una voz que, desde el fondo del río, le dice:

—Tu padre me está velando.

Entonces ella le dice:

—Sunsun, no hagas caso de eso.

—Tu padre me está velando, vete ahora para tu casa.

Cogió y se fue. Entonces ella se fue convencida de que tenía que esperar hasta la otra semana, ¿no?

Entonces, a la otra semana, cuando llegaba el día de lavar, el padre se levantó temprano y dijo:

—Mis hijas, voy al pueblo. ¿Qué quieren que les traiga?

Entonces, María Teresa le dijo:

—A mí me traes un perfume, papi, para quitarme la peste a suelo que tengo de limpiar la casa.

Y María del Carmen le dijo:

—A mí me traes condimentos para cocinar.

Le dijo:

—Y tú, María Cecilia, ¿qué quieres?

Y le dijo:

—Yo no quiero nada.

Y entonces, la madrastra le dijo:

—A mí me traes un bote de cola.

Enseguida salió la chica para el río y se acercó:

—Sunsun, dime algo.

—Tu padre me está velando.

—Sunsun, eso es incierto. Papá anda por el pueblo.

—Tu padre me está velando.

Entonces le dice:

—No puede ser, mi padre salió por el pueblo a buscar unos encargos nuestros.

Y dice:

—Para que me veas siquiera voy a sacar la cabeza, pero tu padre me está velando.

Entonces, cuando sacó la cabeza para hablar con ella, el padre vino y le dio con una piedra en la cabeza, y se convirtió en un pájaro con las alas de plata y salió volando.

Entonces María Cecilia empezó a llorar y, entonces, el padre le decía:

—Mira, sinvergüenza... enamorada de un pez. Tú sabes que es que los hombres no ponen sus ojos en ti, que estás enamorada de un pez. Eso parece mentira, sinvergüenza.

Bueno, entonces regresó a su casa muy triste... Entonces, bueno, ella no hacía más que llorar. Todas las noches, cuando todo el mundo se acostaba, venía un pájaro de alas de plata a cantarle a su ventana y ella conversaba con el pájaro, y le decía:

Yo soy el mismo pez aquel, que me tuve que convertir en pájaro para huir de tus padres y de su tiranía. Pero tú sabes que yo sé que no puede ser entre nosotros ninguna relación. Pero yo te quiero, te amo...

Esta revelación de la metamorfosis del amante-peze en amante-pájaro es el punto exacto de soldadura (o de contaminación, que es voz más autorizada en la nomenclatura filológica) entre dos cuentos que desde la noche de los tiempos siguieron itinerarios estrictamente independientes: el de *La mujer del pez* por un

lado y el de *El pájaro de alas de plata* por otro. Su entrelazamiento no debe ser atribuido a voluntad deliberada de la narradora, sino a algún sincretismo que se forjaría en la tradición vieja de la que ella se declara fiel legataria. Tomasita narró en efecto, y con respeto reverencial (aunque sin renunciar a su personalísimo estilo, eso sí), los cuentos que a ella le habían contado en Arroyón de Flores, cuidándose mucho de introducir cambios estructurales. Y el maridaje de *La mujer del pez* + *El pájaro de alas de plata* no se sabe en qué lugar se consumaría, si en Arroyón de Flores o si en alguna etapa anterior de su pre-historia. Sería antes, en todo caso, de que su larga y misteriosa tradición depositase aquella combinación en la voz de Tomasita.

La unión de ambos relatos en uno solo modificó, por supuesto, la estructura, el mensaje, la ideología, de la composición. El cambio más trascendental fue que al final trágico de todas las versiones conocidas de *La mujer del pez* se le dio la oportunidad de la redención, que se resolvió en el colofón feliz habitual de *El príncipe pájaro*.

La comparación de la versión de Tomasita con otras de las que han sido atestiguadas, particularmente en la geografía de las islas del Caribe y de las tradiciones más entrañables de México, puede ser muy aleccionadora, y por eso nos lanzaremos a ella. Conozcamos para empezar las dos versiones cubanas que publicó Martha Esquenazi Pérez en una compilación sensacional de relatos de 2002. La primera fue registrada al señor Carlos Peña, de Trinidad, Sancti Spiritus:

*El pececito (a).*

Este era un niño pobre que pescaba y en su casa comían de lo que él pescaba. Un día cogió un pesca'ito que era un encanto y le dijo:

—Suéltame, que yo soy un encanto.

—¿Cómo te digo?

—Tú vienes aquí y me dices:

Mi pejecito,  
mi pejezón,  
mi cielo gallego,  
mi berberón.

Y yo vengo y miro lo que va perdiéndose por el mar, de los pescadores y navegantes; se les pierde el dinero y yo sé dónde está, yo te lo traigo.

Y el niño estaba muy contento, el niño estaba satisfecho con el pesca'íto que le hacía esos regalos y le traía muchísimo dinero; él iba allí y llamaba al pececito y se quedaba allí jugando y eso.

Y entonces la tía le dijo:

—Ese muchacho está jugando en el río.

—Él está con su pesca'íto, déjalo, si él viene, déjalo.

—No, no, qué va, él no puede seguir así.

Entonces cogió y afiló un machete y fue pa'll á y llamó [con voz ronca]:

—Mi pejecito...

Llegó la hermanita que era más chiquita [con voz aguda]:

—Mi pejecito...

Tampoco vino. Pero la hermanita que hablaba igual que él:

—Mi pejecito...

Y el pececito vino: ¡pram!, y lo mataron, lo llevó pa' la casa y lo escamó. Y después que lo escamó, cuando el niño vino del viaje que llegó, dijo:

—Mamá, ¿y estas escamas que están aquí? Dice:

—Esas escamas son de un pesca'o que le compramos a un pescador.

Le dijo la tía:

—Eso es un pesca'ito. ¡Tú lo que eres muy malcriado!  
El pesca'ito le había dicho:

—Si yo algún día faltó de aquí tú vienes aquí, te despidés de tu mamá y tus hermanitos y te metes en el agua y te vuelves un encanto.

Entonces cogió, pobrecito, al ver que no aparecía su pesca'ito, cantaba:

—¡Mi pejecito,  
mi pejezón,  
mi cielo gallego,  
mi berberón!  
¿Cuándo volverás acá?  
Adiós, mamá.  
Adiós, papá,  
y todos mis hermanitos,  
que me voy a ahogar  
por mi pejecito.

¡Bruu!, y se volvió la mitad era un pescado y la otra mitad un niño, cogió por todo el río para arriba y comía muchas frutas buenas, y allá vivirá tranquilamente (Esquenazi Pérez, 2002: 69-71).

El segundo relato de la colección de Martha Esquenazi Pérez fue registrado a Argelia Gómez Hernández, de Sancti Spiritus:

*El pececito (b).*

Había una vez una niña que tenía un amigo pescador y entonces cuando él fue a pescar le trajo un pescado y entonces ella le puso “mi pescadito, mi pescadón”, pero que el padre era muy malo y se lo botó al río y ella le dijo que le iba a llamar:

—Mi pescadito,

mi pescadón,  
mi cielo gallego  
y mi tiburón.

Entonces el pescadito estuvo en el fondo y ella lo llamaba así; ella todos los días iba a la casilla a buscar la carne. Picaba un pedacito de carne, iba al río y llamaba:

—Mi pescadito...

Después la niña se iba, pero un día el padre se dio cuenta de que la carne faltaba, porque el pescado fue creciendo mucho y entre más crecía, más carne tenía que darle. Entonces el padre fue a la casilla y le reclamó la carne al casillero, y el casillero le dijo que le preguntara a la niña qué hacía con la carne, porque ella la picaba en dos partes.

El padre la veló y vio cuando ella fue al río con el pedazo de carne y llamó al pececito:

—Mi pescadito...

Entonces el padre la regaña y le dice que la va a castigar porque ella está haciendo eso. El padre cogió, escondi'lo de la niña, sacó el pescado, lo llevó para la casa, lo escamó y se lo comieron. Pero la niña no quiso comer del pescado porque sospechaba que era el de ella. Al otro día la mandaron a buscar la carne y ella fue. Cuando ella buscó la carne, quitó el pedazo para llevárselo al pececito. Cuando llegó al río que lo llamó:

—Mi pescadito...

Al ver que el pescado no aparecía se metió en el agua y se fue hundiendo cantando el cántico:

—Mi pescadito...

Entonces cuando ya el agua le llegó al cuello, cantó distinto:

—Adiós, mi madre.

Adiós, mi padre.

Adiós, hermanos,

que ya me voy (Esquenazi Pérez, 2002: 71-72).

Salta a la vista que las dos versiones de *La mujer del pez* registradas por Martha Esquenazi Pérez en Sancti Spiritus son más sintéticas y de estilo menos exuberante que la recordada por Tomasita. También que hay discrepancias relevantes entre todas y cada una de ellas. De hecho, el ingrediente erótico no aflora en la primera versión (cuyo protagonista es un niño y no una niña) de Sancti Spiritus, y lo hace de manera atenuada en la segunda; mientras que en la versión de Tomasita tiene una presencia fundamental. Tampoco hay rastro de contaminación, en las versiones de Sancti Spiritus, con el cuento de *El príncipe pájaro*, ATU 432.

Hay que resaltar que todas las demás versiones atestigüadas de *La mujer del pez* son autónomas, sin señales de esa contaminación. No es este el momento adecuado (será esa una tarea para una investigación futura) para hacer una dilucidación exhaustiva de la tradición del hermosísimo cuento de *La mujer del pez*, cuya área de dispersión mayor se encuentra, ya lo he dicho, en las islas hispanófonas, francófonas y anglófonas del Caribe, así como en diversas tradiciones originarias y criollas de México, con algunas manifestaciones muy raras en Europa y África: sabemos de una única versión española (que reproduciré), de algunas reformulaciones muy transformadas en Cerdeña y en la tradición de la Cabília argelina...

No quiero desaprovechar la oportunidad de ofrecer aquí, en traducción mía del inglés y para que quede una representación mejor de la tradición caribeña, una preciosa versión de Jamaica que fue publicada por Martha Warren Beckwith en 1924. Fue registrada a Thomas White, de Maroon Town:

Un hombre tenía una hija y la hija se llamaba Lydia. Su esposa murió, y él se casó con otra mujer. Y ella tenía algunos ni-

ños de otro hombre, y quería más a sus hijos que a su hijastra.

A la hijastra era a la que cargaba con más trabajos. Y enviaba a Lydia a por agua. Le daba un gran cántaro para que fuese a la orilla, y el cántaro pesaba más de lo que Lydia podía cargar, y ella sola no podía arreglárselas con el cántaro, y la madrastra no permitía que nadie fuese a ayudar a Lydia.

Cuando Lydia llegó a la orilla, Lydia empezó a quejarse, llorando, de que el cántaro era demasiado pesado y que nadie pudiese ayudarla a levantarlo.

Un pez Jack<sup>6</sup> que estaba en la orilla escuchó su lamento, se acercó y le dijo a la joven que, si aceptaba ser su esposa, él le ayudaría cada vez que fuese a la orilla. Y Lydia aceptó ser la esposa del pez Jack, y Lydia llenó el cántaro con agua y el pez Jack le ayudó a llevarla hasta su patio.

La madrastra le preguntó quién tenía ella en la orilla que le había ayudado a llevar el cántaro, y Lydia le contestó que no tenía a nadie. La madrastra le dijo:

—Sí, tú tienes que tener a alguien allí.

Ella le dijo:

—No, madrastra, no he tenido a nadie que me ayude; lo he hecho yo sola.

Y una mañana Lydia cogió el cántaro y fue a la orilla. Y lo que hizo la madrastra fue encargar a una de sus criaturas que fuese tras Lydia hasta la orilla, para ver quién le ayudaba a levantar aquel cántaro tan pesado.

Y cuando Lydia llegó allí, tuvo que cantar para llamar al pez Jack, y el pez Jack escuchó la voz de Lydia, y se acercó para ayudarla. El nombre del pez era Timbo Limbo, y la canción es esta:

---

<sup>6</sup> “Jack-fish”, en el texto original; parece que es nombre consuetudinario del *Caranx hippos*, una especie de pez perteneciente al orden de los carangiformes, que en España es conocido como jurel caballo. En mi traducción he optado por la solución del “pez Jack” porque me ha parecido más idiomática y bella que la del “jurel caballo”.

Tim-bo, Lim-bo, Tim-bo, Lim-bo, Tim-bo, Lim-bo,  
la misma chica, Ly-di-a, Tim-bo, Lim-bo, Tim-bo Lim-  
bo,  
Tim-bo Lim-bo, Tim-bo Lim-bo, la misma chica, Lydi-a.  
Tim-bo Lim-bo.

Y la criatura vio que el pez Jack ayudaba a Lydia, y regresó a casa y le dijo a su mamá:

—Mamá, mi hermana Lydia tiene un pez Jack en la orilla que le ayuda.

Por la noche, cuando el hombre llegó del trabajo, su esposa le dijo que Lydia tenía un gran pez Jack que le ayudaba en la orilla. Así que el hombre le dice a su esposa:

—Cuando salga la luz del día, tienes que decirle a Lydia que esté lista y la envías a la Bahía de Montego a comprar pimienta negra y cebolletas.

Por la mañana la madrastra llamó a la niña y la envió a la Bahía. Lydia se echó a llorar, porque le entró la sospecha de que algo malo iba a suceder durante el día. Cuando se marchó, el padre cargó la pistola y llamó a la otra criatura para ir juntos a la riera.

La niña cantó, cantó tres veces, cambiando la voz:

¡Timbo Limbo,  
la misma  
chica Lydia, Timbo Limbo o-o-o!

Y el agua se revolvió, y de ella salió el pez Jack. Y el padre le disparó y el pez Jack se quedó boca arriba, y el padre se quitó la ropa y saltó al agua y nadó, y sacó de allí al pez Jack y se lo llevó al patio.

Y cuando comenzó a quitar las escamas al pez, una de las

escamas saltó unas dos millas y cayó sobre el pecho de Lydia. Y cuando Lydia se quitó la escama del pez y se dio cuenta de que era una escama, comprendió que era una escama de Timbo limbo. Y rompió a llorar y echó a correr hasta el patio y, sin perder un minuto, tomó el cántaro y fue a la orilla y empezó a cantar:

¡Timbo Limbo,  
La misma chica Lydia,  
Timbo Limbo o!

El pez Jack no apareció, y ella se puso a cantar otra vez:

¡Timbo Limbo,  
La misma chica Lydia,  
Timbo Limbo o-o!

El agua se quedaba calma, y ella repetía la canción:

¡Timbo Limbo,  
la misma chica Lydia,  
Timbo Limbo o-o-o!

Y el agua se volvió sangre. Y cuando se dio cuenta de que Timbo Limbo no estaba en el agua, Lydia se levantó y se ahogó en el agua.

*Jack man dory*,<sup>7</sup> ¡no elijas a ninguno! (Warren Beckwith, 1924: núm. 78).<sup>8</sup>

Al margen de las registradas en Cuba y Jamaica, hay docu-

---

<sup>7</sup> *Jack man dory* es expresión de difícil traducción. Dory es el nombre coloquial que se da a varias especies de peces, pertenecientes por lo general al orden de los zeiformes.

<sup>8</sup> Traduzco la versión a; hay otra versión b.

mentadas otras versiones de *La mujer del pez* en Puerto Rico, República Dominicana, Haití, Bahamas. No contamos con margen, por desgracia, para proyectar hacia ellas nuestras pesquisas, pero no podemos dejar de llamar la atención sobre las versiones del centro y del sur de México que han sido minuciosamente inventariadas y analizadas en un trabajo magistral de Alessandro Lupo. Lupo fue, además, quien registró en lengua huave de Oaxaca, y de labios de Juan Olivares, la versión que vamos a conocer; la cual, por cierto, habría de ser titulada *La mujer del venado*, mejor que *La mujer del pez*:

*Venadito.*

Dicen que había una mujer  
[que] siempre va al...  
al monte,  
a la orilla del monte.  
Ahí va a llamar este venadito:  
“Venadito, venadito, ¿vas a comer o vas a coger?  
Venadito, venadito, ¿vas a comer o vas a coger?  
Venadito, venadito, ¿vas a comer o vas a coger?”.  
“¡Voy a coger!” dice el venadito.  
Entonces ya empiezan a...  
Entonces ya empieza a...  
montar a la mujer.  
Cuando se terminó, pues,  
entonces ya se fue el venadito.  
Al otro día hace lo mismo,  
al otro día igual.  
Cada día [la mujer] va a ver al venadito.  
Pero una vez, pues,  
cuando lo llamó, llamó el venadito,  
pues el venadito no aparece,

porque los niños hijos de su hija ya mataron a ese venadito.  
Porque vieron los niños cómo habla la vieja,  
pues entonces...  
ellos hicieron también igual,  
dijeron: “Venadito, venadito, ¿vas a comer o vas a coger?”.  
Cuando oyó esto  
el venadito, pues, salió [como un retoño],  
y ellos le tiraron:  
ahí lo mataron.  
Luego colgaron arriba la cabeza de ese venadito.  
Pues, la vieja cuando fue al otro día  
igual llamó: “Venadito, venadito, ¿vas a comer o vas a coger?”.  
Pues, llamó tres veces.  
Entonces el venadito no viene para nada.  
Pues ella cuando  
sintió una gota sobre su cabeza  
de esa sangre,  
pues entonces miró hacia arriba: arriba está [colgada]  
la cabeza del venadito;  
ya está muerto.  
Pues entonces se entristeció mucho, lloró.  
Pues luego ya no fue,  
ya no fue a ver al venadito, porque ya murió.  
Pero ella ya lo comió también,  
porque hicieron un caldo [con la carne] sus nietos.  
Así nomás [es] el cuento del venadito (Lupo, 2015: 127-30).

Mucho podríamos aprender de la comparación entre las versiones de las islas caribeñas y las mexicanas, si contásemos con más espacio. Ahora estamos en disposición solo de añadir que el cuento ha sido registrado también por Eulalia Castellote en el pueblo de Alpedrete de la Sierra (Guadalajara, España). Su narradora fue Amalia García Rubio. Esta es, por lo que sabemos,

la única versión conocida de *La mujer del pez* documentada en España y en Europa. Hay relatos que podrían ser parientes lejanos en Cerdeña (allí el protagonista animal es un muflón) y en la Cabilia argelina (allí la bestia benéfica es una vaca), pero la dilucidación de esos vínculos habrá de quedar para alguna futura ocasión. Doy paso a la versión española:

Eran tres hermanas. Entonces resulta que iban de merienda a un lago. Y una de ellas, pues se entretenía en echarle el bocadillo a un pececito. Entonces, *tó* los días que iba allí, le echaba la comida. Y el pececito *tó* los días salía. Entonces, ella le puso Lucifer, al pez. Resulta que las hermanas ya la observaron que no se comía ningún día la merienda, y dijeron, dice:

—Bueno, pues ¿qué hace esta muchacha con la merienda?

Resulta que la estuvieron *oservando*, y ya, pues la vieron que lo guardaba y se iba a lago. Entonces, llegaba allí al lago, y decía (dice):

—¡Lucifer!

Y salía el pez, le echaba la comida y se volvía a marchar. Entonces resulta que fueron un día las hermanas, y le llamaron:

—¡Lucifer!

Y salió Lucifer, y le mataron, al pez. Entonces, resulta que luego que ella [fue] a ver al pececito. Y, al llegar, pues le llamó. Pero el pez no salía. Resulta que luego, por la noche, la pusieron de cenar *pescao*. Y ella ya se lo figuraba de que había sido de Lucifer.

Las espinas resulta que ya las cogió *tó* las espinas, y las sembró. Las sembró, y salió un árbol precioso. Cuando pasaba ella, *pos* *tó* las flores y *tó* las ramas se echaban al suelo. Y, cuando pasaban las hermanas y querían cortar una rosa, todas subían para arriba. No podían, no alcanzaban.

Y colorín colorado, este cuento se acabado (Castellote y Pedrosa, 2008: 38-39).

Por más que el cuento de *La mujer del pez* sea de dispersión, hasta donde se nos alcanza, tan restringida, el corpus de versiones documentadas en las islas caribeñas por un lado y en México por otro resulta tan nutrido e interesante, y la conexión europea tan irrefutable, aunque tan tenue también, que no hay duda de que merecería los honores de tener una entrada propia en el catálogo de cuentos de Aarne-Thompson-Uther (2004). El que no tenga ese reconocimiento es tanto más incomprensible por cuanto que en el catálogo anterior, el de Aarne-Thompson (1979), sí figuraba el número de tipo AT 431C\*, *The Fish Lover*, al lado de este resumen, que traduzco del inglés:

*El amante pez.*

Una muchacha en la playa se encuentra con el pez que se convierte en príncipe. Los espían y matan al pez.

El catálogo de Aarne-Thompson (1979) identificaba versiones de Puerto Rico, República Dominicana, Haití y Cuba; y desconocía las mexicanas y las de cualquier otra tradición. Pero abría al menos un hueco para que ediciones futuras del catálogo pudiesen dar acogida a las versiones nuevas que pudiesen hipotéticamente aflorar, que es lo que al final ha sucedido. Por desgracia, cualquier reconocimiento del tipo AT 431C\*, *The Fish Lover*, enunciado en ese catálogo quedó desahuciado, sin explicación alguna, en el posterior catálogo de Uther de 2004. El error es claro y la lección que cabe extraer es concluyente: en las previsibles futuras ampliaciones debería ser restaurada la numeración y la consideración de ese tipo, para que *La mujer del pez*, o *The Fish Lover*, vuelva a disponer de la posición que le corresponde en la enciclopedia de los cuentos.

Excútese este aparatoso excurso erudito, con tanto trasiego de versiones, siglas, números y tecnicismos, que se justifica en el deseo, primero, de desvelar horizontes geográficos y culturales insospechados a un cuento (o a un medio cuento), el de *La mujer del pez* de Tomasita, que nada hacía prever que contase con un currículum tan tortuoso y tan fascinante; y en la pretensión, además, de abrir una ventana al laboratorio íntimo del estudio especializado de los cuentos a los lectores de este libro que no estén familiarizados con estos procedimientos e instrumentos de análisis.

Haber dado este rodeo ha merecido también la pena porque nos ha servido para que podamos valorar de otra manera el cuento de *El pájaro de alas de plata* que Tomasita Quiala immortalizó en una ya lejana mañana del otoño canario de 1998, sin tener conciencia de que estaba regalando al mundo la única versión “contaminada” con otro cuento que se conoce del misteriosísimo relato de *La mujer del pez*; y la única que remata con un final exultantemente feliz.

Ningún cuento del repertorio de Tomasita carece de capacidad de fascinación; pero este es mágico por partida doble.

José Manuel Pedrosa  
Universidad de Alcalá

I

CRITERIOS DE TRANSCRIPCIÓN  
Y EDICIÓN





Las grabaciones de los cuentos de Tomasita realizadas en Las Palmas de Gran Canaria en octubre de 1998 permanecieron en mi archivo, sin que yo encontrase tiempo para trabajar en ellas, durante casi dos décadas. Hasta que en el curso 2016-2017 una alumna muy destacada (hoy brillante profesora en Francia), Sara del Castillo Peinado, me pidió que tutelase su Trabajo de Fin de Grado, que ella deseaba que fuera sobre algún tema relacionado con la literatura oral, o con la cultura popular cubana, o con ambas. Vistos su compromiso, constancia y capacidad, le ofrecí hacerlo sobre los cuentos de Tomasita: tarea realmente difícil, primero porque el verbo de Tomasita es sofisticado y torrencial, lleno de giros y matices, bien difícil de trasladar al papel; y además porque las grabaciones, hechas en el “bar de los cuentos”, según llamábamos a la terraza en que desayunábamos, con un molestísimo ruido de fondo, no eran de fácil audición ni discernimiento.

Sara no solo hizo transcripciones muy escrupulosas de siete de los cuentos de Tomasita, sino que además urdió siete muy densos estudios comparativos, de tanta calidad que hay que desear que se publiquen pronto, en forma de siete artículos independientes. Su Trabajo de Fin de Grado, que obtuvo la calificación máxima, tenía, de hecho, ciento setenta y siete páginas, cuando la extensión más usual de estos trabajos es la de unas cuarenta. Las siete monografías que Sara publicará serán complementos indispensables de este libro, al que la transcripción-edición que ella hizo ha puesto cimiento.

A los materiales que ella seleccionó para su TFG se han sumado, en este libro, un cuento extenso más, que Sara había transcrito pero que por ahorro de tiempo y espacio había dejado al margen de su investigación. Fuera ha quedado finalmente, tras alguna reflexión, una pequeña colección de chistes que

en aquellos desayunos inolvidables se colaron entre los relatos de Tomasita; algunos fueron contados por ella y otros por su madre, acompañante y amiga, Reineria Virgen Rojas Cabrerías (1937-2013). Aunque en principio estaba prevista su publicación, hemos tomado la decisión de obviarlos, para no romper la unidad del libro en torno al cuento extenso maravilloso.

La transcripción de los relatos es absolutamente literal. El arte verbal de Tomasita es tan vigoroso y personal, tan sofisticado y barroco, que en ningún momento se nos ocurrió introducir ninguna modificación.

Cuando en el año 2021 Berenice Granados, Santiago Cortés y Quetzal Mata Trejo me pidieron que les entregase el original de algún libro nuevo para que fuese publicado en su prestigiosa serie del Laboratorio Nacional de Materiales Orales (LANMO) de la ENES-UNAM Morelia (México), tras la muy positiva experiencia del alumbramiento, en el mismo año, de *El tesoro de la cueva de Tlapanalá, o los héroes que tiemblan en el umbral del infierno*, un libro que habíamos escrito Xochiquetzalli Cruz Martínez, Marcela Viañez Reyes y yo, se me ocurrió la idea de recuperar las grabaciones de 1998 y el TFG de Sara de 2016-2017, y de trabajar con los cuentos de Tomasita para redactar el original que llega ahora a los ojos del lector.

Fue preciso establecer comunicación vía internet con Tomasita, quien se encontraba en el pueblo en que vive desde hace muchos años (Madruga, provincia de Mayabeque, Cuba), para que aclarase no pocos detalles; eso se logró gracias a los buenos oficios de su hijo José Luis Mendoza Quiala (quien además envió algunas fotos) y a la gentil ayuda de sus vecinos del pueblo de Madrugá, María Victoria Alfonso y Sandro Hernández, quienes facilitaron en algún momento la comunicación telefónica directa entre Madrugá y Madrid. Maximiano Trapero nos regaló

gentilmente algunas fotos de Tomasita captadas precisamente en Las Palmas en 1998. José Luis Garrosa revisó cuidadosamente los textos. Ángel Hernández Fernández, Anselmo Sánchez Ferra y José Luis Agúndez ayudaron a catalogar los cuentos y a localizar algunos paralelos de los siempre escurridizos chistes, aunque estos no vayan a ser finalmente publicados. Y Manuel da Costa Fontes ayudó en la traducción de algunos pasajes difíciles de un cuento jamaicano que es analizado en este prólogo.

Una vez entregado el libro al LANMO (Laboratorio Nacional de Materiales Orales) de la Escuela Nacional de Estudios Superiores, UNAM unidad Morelia, todo quedó bajo el atentísimo cuidado editorial y técnico de Quetzal Mata Trejo, responsable de que el libro haya adquirido la bella forma que hoy tiene.

Gracias a todas y a todos.

# II

CUENTOS MÁGICOS DE LA VIEJA CUBA

CORPUS





## “Mi nombre es Juana Tomasa Quiala Rojas”

Mi nombre es Juana Tomasa Quiala Rojas, y mi nombre artístico es Tomasita Quiala, que es como me conocen en diferentes partes del mundo. Nací el 29 de diciembre de 1960 en Arroyón de Flores, un pueblito de la parte oriental del país que pertenece a la provincia de Holguín y al municipio Banes.

Mi infancia transcurrió con muchas limitaciones debido a que era invidente y la mayoría de los juegos no los podía realizar. No obstante, no me quejo. Fui una niña feliz.

Descubrí entre mis mayores la idiosincrasia de contarse cuentos. Mis tíos Blasita, Lelo y Meño eran los que más cuentos me contaban en circunstancias en que, a la luz de una chismosa<sup>9</sup> y después de comer, todo el mundo se juntaba para sentarse en un gran círculo donde se escuchaban los cuentos. Creo que oigo cuentos desde que tenía uso de razón.

Me gustan mucho los cuentos de princesas y de brujas, y los cuentos tradicionales, y son los que he dejado reflejados en este escrito.

Yo tengo sesenta años, voy a cumplir sesenta y uno, y adjunto a esta breve reseña biográfica la foto del tío que todavía me sigue contando cuentos. Ojalá nunca cierre los ojos, para cada vez que yo me traslade a la provincia oriental, él me pueda abrir

---

<sup>9</sup> *Chismosa*, lámpara de aceite o de queroseno, en Cuba.

el libro de sus recuerdos y contarme una nueva página, y yo vuelva a sentirme bruja, princesa, según sea la protagonista.

Madrugá, Matanzas, Cuba

16 de agosto de 2021



“El tío Meño”

## 1. Blanca Flor y Blanca Rosa

ATU 313C

[*La muchacha ayudante + La novia olvidada*]

Era una vez un muchacho que vivía con sus padres, pero era muy pobre. Entonces, cuando ya se hizo mayor, les dijo a los padres:

—Papá, mamá, yo voy a salir a buscar fortuna, porque somos muy pobres, y si yo encuentro trabajo y puedo hacer otra cosa, pues los puedo ayudar más.

Entonces salió... y salió, y camina, camina, camina, camina, camina, camina. Y llegó a una casa de campo en una hacienda, que por los alrededores no había más casas, sino tierra. Y entonces llegó, tocó en la puerta. Salió una sirvienta, le dijo:

—Qué desea.

Y dice:

—No, yo ando buscando trabajo.

Entonces la sirvienta le dijo:

—¡Ah! Yo creo que el señor de aquí, de la casa, tiene trabajo. Siéntese, que él te atenderá enseguida.

Entonces salió el señor de la casa. Le dijo:

—Sí, yo tengo trabajo. Hay que cortar todos los palos de unos montes que tengo ahí. Pero no ha aparecido nadie más, así que tendría que hacerlo usted solo. Yo le pago bien. ¿Usted está dispuesto a empezar mañana mismo?

El chico le dijo:

—Sí, claro. Yo mañana mismo voy a empezar.

—Bueno, venga para que sepa cuál es su cuarto, y mañana mismo empieza.

No, y le dieron un cuarto en la casa. Ahí el muchacho se bañó, comió y se acostó a dormir. Entonces, al otro día, se levantó, le dieron un hacha y un machete, y le enseñaron cuál era el monte.

Era un monte enorme: había que cortar palos cantidad, había que desmontar todo aquel monte, dejarlo en tierra virgen, sin un árbol sembrado. Pero, entonces, eran unos árboles muy viejos, una madera muy dura. Y el muchacho cada vez que con el hacha o con el machete intentaba cortar un tronco, el tronco cada vez se resistía más. Era como un monte, así, encantado, no sé.

Entonces, cuando él... como a las diez de la mañana todavía no había podido derribar ni un árbol. Se levantó muy tempranito, y como a las diez de la mañana todavía no había derribado ni un árbol.

Y entonces siente unos pasos y una canción en voz de mujer. Y entonces, cuando se vuelve, venía una muchacha preciosa por el camino. Y entonces la muchacha le dijo:

—Buenos días, joven mancebo.

Y él le dijo:

—Buenos días, preciosa muchacha. ¿Quién tú eres?

Y le dijo ella:

—Yo soy la hija del dueño. Me llamo Blanca Flor y he venido a traerte el desayuno.

Entonces ella le dio el desayuno y le dijo:

—Siéntate, vamos a conversar un rato.

Y dice:

—Es que yo no puedo —él le dijo—, es que yo no puedo conversar, porque tengo que tumbar todo este monte y, antes de la una de la tarde tengo que haber derribado aunque sea dos o tres árboles. Y mira, no he podido labrar nada.

Ella le dijo:

—No te preocupes, siéntate. Vamos a conversar un rato, que de eso se encargan mis chamicos.

Entonces ella sacó un pañuelo que traía guardado en el seno y lo desanudó y salieron siete chamicos, como siete brujitos salieron del pañuelo. Y mira, en lo que el muchacho desayunaba,

aquellos chamicos empezaron, y corta árboles y tumba árboles... A las doce del día, estaba el monte ya todo tirado.

Entonces ellos siguieron conversando, ¿no?, hasta la una, y ella le contó, le dijo:

—Mira, mi padre era un hombre muy tirano, él no acepta que ninguna de nosotras ayudemos a los que pone a trabajar. Él lo hace porque dice que hasta que no terminen de tumbar todo el monte, no les paga. Pero este monte con el hacha y el machete no se puede cortar, porque por una rama que tú cortes le crecen dos más al árbol, y por eso nunca se derriba. Y así él lo hace para no pagarlo —entonces dijo—. Pero ya verás que, con mi ayuda, en tres días tú terminas de tumbar todos estos montes. Mañana te asignarán otro y yo vendré también a traerte el desayuno. Ten mucho cuidado, no te confundas con mi hermana que es exactamente igual a mí, pero que es muy mala y se llama Blanca Rosa. Cuando nos quieras conocer, busca, que en mi mano hay un anillo y ella no lo tiene puesto. Es en lo único que somos diferentes.

Entonces, bueno, cuando terminaron de conversar, a la una de la tarde, Blanca Flor se fue, tan rápido como había venido, y el padre vino a revisar el trabajo del muchacho. Cuando vio todo el monte tirado abajo, dice:

—¡Pero no puede ser! Esto es obra de alguien que yo conozco. Me voy a poner al acecho.

Al otro día le asignaron al joven otro monte; y él, bueno, se repitió la misma operación. Cuando a las diez de la mañana llegó Blanca Flor a traerle el desayuno, se sentaron a conversar, y ella sacó otra vez los chamicos del pañuelo y derribaron ellos el monte.

Y el padre, al tercer día, dijo:

—¡Qué va! Yo me voy a poner a vigilar porque esto no es así. Esto seguro que es obra de esa Blanca Flor, que siempre está ayudando a la gente.

Entonces, cuando el muchacho se fue a trabajar en el monte, el padre salió detrás de él, al tercer día ya, ¿no?, salió detrás de él y se escondió detrás de uno de los árboles. Entonces vio que a las seis y media o las siete de la mañana llegó al monte y empezó con el hacha y el machete, y por una rama que cortaba salían dos, y así. Y vio cómo, a las diez de la mañana, llegó Blanca Flor y sacó del pañuelo los siete chamicos, y ellos se sentaron a conversar, el muchacho a desayunar. Y, mientras, los chamicos iban trabajando.

Entonces, a la una de la tarde, cuando el padre le correspondió hacer la revisión del trabajo, le dijo:

—Muy bien, joven. En tres días has derribado los tres montes más frondosos de mi comarca, de mi propiedad. Pero ahora te voy a dar una de las tareas más difíciles que tú hayas tenido: tienes que matar a una de mis hijas, y la escogida para matar es Blanca Flor.

Entonces él le dijo:

—Pero, ¿cómo yo voy a matar a una mujer? Eso es imposible.

—Pues tienes que hacerlo, porque, si no, el que saldrá de aquí con la cabeza cortada eres tú.

Entonces el muchacho se puso muy triste.

—Mañana ese va ser tu trabajo por la mañana.

Entonces Blanca Flor por la noche se apareció en su cuarto y le dijo:

—No te preocupes. Mañana mátame, despedázame y échame dentro de una bañera que te van a poner previamente. Pero tienes que cumplir la condición de no dejar caer ni una gota de mi sangre, porque, si no, mi padre se dará cuenta de que los chamicos me están ayudando para que yo muera nada más que en apariencia, y poder volver a la vida. Si mi padre lo descubre, tendremos que irnos de aquí, de la casa.

Entonces el padre le encomendó a Blanca Rosa, a la hermana, que se asegurara bien de que el muchacho mataba al otro día a Blanca Flor. Entonces al otro día prepararon todas las condiciones.

El muchacho, con dolor de su alma porque ya se había enamorado en tres días de la bella Blanca Flor, le dio la primera puñalada y empezó a cortarla en pedazos. Pero, cuando estaba en esa operación, se le cayó al suelo una gota de sangre fuera de la bañera.

Entonces, bueno, cogieron el cuerpo triturado de Blanca Flor, lo puso en una bolsa de seda y lo enterró como ella le había dicho en la conversación de la noche anterior, al lado de una planta del jardín.

Entonces Blanca Rosa fue y le dijo:

—Sí, papá. Ese forastero ha cumplido con lo que tú le has encomendado, ya Blanca Flor ha desaparecido para siempre.

Entonces, el muchacho le dijo al dueño:

—Mire, *págueme lo que le debo*, que me voy, porque yo pienso que he cometido un crimen.

Entonces, le dijo:

—Está bien, mañana te puedes ir.

Y por la tarde apareció de nuevo en su habitación Blanca Flor y le dijo:

—Mira, estoy viva como ves. Los chamicos me han ayudado a que mi muerte haya sido solamente en apariencia. Pero nos tenemos que ir, porque mi padre se dará cuenta de que estoy viva porque has dejado caer una gota de sangre.

Él le dijo:

—No, yo no he dejado caer ninguna gota de sangre, Blanca Flor. No se me ha caído ninguna.

Entonces ella le dijo:

—Mira.

Y le enseñó el dedo, y en el anillo estaba la mancha roja de la gota de sangre que había caído en el suelo. Entonces Blanca Flor le dijo:

—Tenemos que irnos, tenemos que huir antes de que sea demasiado tarde. Voy a ir a buscar en el almacén un puñado de alfileres, una barra de jabón y un paquete de sal. Ve preparando tú el caballo Viento, que es el más veloz de la cuadra. Mi padre cuando se dé cuenta, y mi hermana, de que hemos huido, saldrán a perseguirnos en Trueno. Vamos a ver si podemos evitar la persecución.

Entonces Blanca Flor puso en una bolsa la sal, el jabón y los alfileres. Y cogió y, detrás de la puerta de su cuarto, escupió tres veces, hizo tres montones diferentes de saliva.

Entonces, por otra parte, Blanca Rosa le dice a su padre:

—Padre, me voy a poner cerca del cuarto de Blanca Flor, no sea que se quieran escapar, porque Blanca Flor está viva.

Dice el padre:

—Sí, yo sé que está viva porque me he dado cuenta que había una gota de sangre en el suelo. Y si hay una gota de sangre en el suelo, es que ella está viva, que no se ha muerto.

Entonces el padre se acostó a dormir y la hermana se puso a vigilar. Pero también se quedó medio adormilada. Y, en ese momento, salieron, en el caballo Viento, Blanca Flor con el muchacho. Y en eso, cuando habían pasado como cinco minutos desde que habían salido, Blanca Rosa se despierta sobresaltada. Ella estaba vigilando en la puerta del cuarto de Blanca Flor, cerca del cuarto, y entonces dice:

—¡Blanca Flor!

Y uno de los montones de saliva que ella había dejado en el cuarto le responde:

—¿Qué?

Y dice:

—Ah, no, ahí está Blanca Flor. No se ha escapado.

Entonces ellos, mientras, iban corriendo en el caballo. A los cuatro o cinco minutos, dice otra vez Blanca Rosa:

—¡Blanca Flor!

Dice el segundo montoncito de saliva:

—¿Qué?

Dice:

—Ah, está ahí todavía.

Durmió otro poquillo la hermana. Y, cuando despierta, dice:

—¡Blanca Flor!

Y responde el tercer montoncito de saliva:

—¿Qué?

Dice:

—Todavía están ahí.

Cuando hacía veinte minutos que habían salido, la hermana dice:

—¡Blanca Flor!

Y ya, las tres salivitas contestaron:

—¿Qué?

Al poquito, dice ella:

—¡Blanca Flor! ¡Blanca Flor! —Y nadie le contestaba, dice—:

Esa desgraciada se ha escapado con el forastero ese.

Montó ella en el caballo Trueno para perseguirlos y le decía:

—¡Corre, Trueno!,

que Viento no es tan bueno.

¡Corre, Trueno!,

que Viento no es tan bueno.

Y por mucho que el caballo Viento corría y trataba de sacar ventaja, el caballo Trueno pudo salvar la distancia y acercarse,

acercarse, acercarse. Y, cuando ya casi estaba Blanca Rosa a punto de atraparlos, Blanca Flor tiró la barra de jabón que había buscado, y se le convirtió en una loma resbaladiza.

Y el caballo Trueno no podía pasar, y Viento adelantando, y la loma de jabón aquella, que era ya una montaña resbaladiza... Hasta que, por fin, Blanca Rosa le puso el máximo de espuelas y el caballo pudo pasar. Y fue corriendo, corriendo, corriendo detrás del caballo Viento, y el caballo Viento corriendo delante, y Trueno corriendo detrás: “tacatá, tacatá, tacatá, tacatá”.

Entonces, ya cuando se estaban acercando, que ya casi los coge, tiró Blanca Flor el montón de alfileres que había cogido y se transformó en un espinero, una cerca de espinas casi imposible de pasar. Y el caballo Viento adelantando delante, y el caballo Trueno se pinchaba todas las patas, y queriendo cruzar por las espinas, hasta que, al fin, pudo pasar. Y corriendo, corriendo, corriendo, corriendo, y ya iba separando toda la ventaja que le llevaba al caballo Viento, y ya casi lo alcanza.

Y cuando ya casi los alcanza, tiró Blanca Flor el puñado de sal que había cogido, y la sal se convirtió en un mar enorme. Entonces el caballo Trueno era un caballo que no sabía cómo atravesar el agua, cómo nadar, y no pudo pasar. Y Blanca Rosa tuvo que virar derrotada para su casa, y Blanca Flor y el muchacho siguieron.

Y llegaron al pueblo donde vivía el muchacho con su familia tan pobre. Pero el muchacho, cuando se había ido de su pueblo, había tenido amoríos con una muchacha del pueblo que, al enterarse del regreso de él, se puso muy triste porque le dijeron que había regresado con otra muchacha con la que se iba a casar. Entonces ella va, la antigua novia, a casa de un brujo. Y entonces, el brujo le dice:

—Mira, yo te voy a dar este elixir mágico, y tú mañana vas por los alrededores de la casa, en un momento en que la mucha-

cha esa que vino con él esté sola, y riegas este líquido, que ya tú verás lo que va a suceder.

Entonces la muchacha lo hizo así. Y al otro día, cuando el muchacho salió a hacer las compras, que estaban comprando cosas para la boda, y Blanca Flor se había quedado sola, pues ella cogió, la novia del muchacho, y regó el elixir mágico, y Blanca Flor se convirtió en una paloma y se desapareció.

Entonces ella volvió donde el brujo, le dijo lo que había sucedido. Le dijo [el brujo]:

—Ahora tienes que encontrarte con tu antiguo novio y decirle que le deseas mucha felicidad, que no tienes ningún rencor y que se tome contigo un vaso de vino. Y dentro del vaso de vino echas este líquido que te voy a dar.

Entonces así lo hizo la muchacha. Propició un encuentro al azar entre ella y su antiguo novio, y le dijo:

—Fulano, me alegro mucho que hayas vuelto; no importa que hayas venido con otra novia, pero yo te deseo toda la suerte del mundo. Ven, entra para que te tomes conmigo un vaso de vino.

Entonces, cuando sirvió los vasos de vino, al del muchacho le puso el líquido que le había dado el brujo, y el muchacho cogió y perdió la memoria. Y entonces, cuando perdió la memoria, nada más que se acordaba de la primera parte de su vida y de que aquella muchacha había sido su novia. Entonces ella le dijo:

—¡Ay amor! Que has venido a buscarme, que nos casaremos...

Y él le dijo:

—Sí. En mi vida debe haber pasado algo, pero ahora no lo recuerdo. Es igual, yo te había dado palabra de casamiento y nos casaremos.

Mientras tanto, andaba triste, vagando por los alrededores de la casa, la infeliz muchacha convertida en paloma.

Pero entonces, llega el día de la boda de este muchacho con su antigua novia y, entonces, la paloma llegó y se posó en la ventana de la iglesia. Y entonces, cuando empezaron a casarse, la paloma empezó a cantar un canto muy triste, y le decía:

—Currucucucucú, palomito mío. Tú no te recuerdas que una vez llegaste a mi palomar buscando trabajo, que tenías que derribar unos montes, que yo te ayudé, que yo te ayudé.

Entonces el muchacho, que estaba vestido de novio con su novia, de pronto, empezó a cantar también como un palomo, y decía:

—Currucucucucú, palomita mía. Yo no me recuerdo.

Entonces ella seguía y le decía:

—Currucucucucú, palomito mío. Tú no te recuerdas de cuando tuviste que matarme...

Bueno, todo lo que ya les conté, ¿no? Y él, a cada rato, decía:

—Currucucucucú, palomita mía. Yo no me recuerdo.

Pero entonces el muchacho empezó a sentir un perfume lejano, que le llegaba de un pañuelo que le sacudía una sombra invisible, así, delante. Y de las puntas de aquel pañuelo fueron saliendo los siete chamicos y bailando, así, alrededor del muchacho, y a medida que ella le iba haciendo la historia:

—Currucucucucú, palomito mío. Tú no te recuerdas que nos escapamos una noche en el caballo Viento, que el caballo Trueno nos persiguió hasta que lo vencimos.

Él cantaba como un palomo:

—Currucucucucú, palomita mía. Ya me voy recordando.

Hasta que le dice:

—Currucucucucú, palomito mío. Tú no te recuerdas que me dejaste en la casa de tu madre y de tu padre para ir de compras, que estábamos preparando nuestra boda, que yo soy tu Blanca Flor.

Y él le dijo:

—Currucucucucú, palomita mía. Yo sí me recuerdo.

Entonces, cuando le dijo “yo sí me recuerdo”, la paloma se le posó en la mano. Y cuando él la acarició, la paloma dejó de ser paloma y volvió a ser Blanca Flor.

Entonces la novia antigua confesó lo que había hecho, el hechizo que había formado, pidió perdón y se fue muy arrepentida.

A Blanca Flor la vistieron de novia, y el muchacho se casó con Blanca Flor.

Y fueron felices  
y comieron perdices,  
y a mí no me dieron  
porque no quisieron.

## 2. El pájaro de alas de plata

AT 431C\* + ATU 432

[*La mujer del pez + El príncipe pájaro*]

Érase una vez un hombre que tenía tres hijas: María Teresa, María del Carmen y María Cecilia. Como siempre, en los cuentos la más pequeña es la más avispada, la más bella. María Teresa era una chica ambiciosa, orgullosa; María del Carmen era medio tonta; y María Cecilia muy avispada y muy bonita.

Entonces un día la esposa de este hombre, que no era la madre de las niñas porque habían quedado huérfanas muy pequeñas, cuando ellas eran mujeres, distribuyó las labores de la casa y dijo:

—María Teresa, que es la mayor: se encargará de limpiar el piso; María del Carmen de cocinar; y María Cecilia de ir a lavar.

Entonces un día salió María Cecilia a lavar al río; allá en los campos cubanos se lava en el río. Y cuando salió a lavar al río, se le apareció un pez, un pez muy hermoso, dorado, y le dijo:

—María Cecilia, ¿quieres que te ayude?

Entonces María Cecilia le dijo:

—¡Ay! Te lo agradecería, porque aquí hay ropas de un mes, son de muchas personas y yo sola no puedo.

María Cecilia tenía apenas quince años. Entonces el pez la empezó a ayudar a lavar, y con su encantamiento lavó todas las ropas, las secó, las dobló y las colocó en las cestas, mientras que él conversaba con María Cecilia.

Desde entonces para María Cecilia le fue más agradable ir a lavar. Y cada vez que le correspondía, una vez a la semana, ir a lavar al río, a veces dejaba juntar ropa, y hasta dos veces iba, para que el pez la ayudara.

Poco a poco ella se sintió atraída por los encantos del pez. Pero la envidia de sus hermanas y de su madrastra, sobre todo, empezaron a sospechar que María Cecilia tenía algún interés especial en ir al río a lavar. Y entonces se pusieron a vigilar a ver qué ocurría; entonces la veían regresar muy contenta del río. Y entonces, la madrastra un día le dijo:

—María Cecilia, hoy va a ir a lavar María Teresa. Tú ocúpate de limpiar el piso, que María Teresa, que es la mayor, hoy va a ir a lavar.

Claro, cuando María Teresa fue, no apareció el pez encantado, y María Teresa tuvo que lavar a puño, con las manos, toda la ropa y doblarla ella toda en el cesto, y llevarla para la casa cuando se secó.

Y dijo:

—¡Qué va, madre! Yo no soporto más ese trabajo, ese siempre ha sido de María Cecilia, que siempre regresa sin quejarse, sin cansarse.

Probaron a la semana siguiente con María del Carmen, la otra hermana. Le dijeron a María Cecilia que se tenía que ocupar de cocinar, y tampoco apareció el pez.

Después, a la otra semana, fue María Cecilia, y la madrastra decidió ir silenciosamente a vigilarla al río. Entonces vieron cómo un pez dorado sacaba su cabeza y empezaba a conversar con María Cecilia, mientras la labor de lavar y de secar la ropa y de doblar se iba haciendo sola, y se quedó asombrada, decía:

—¡Pero esto, esto es increíble!

Se lo contó al padre de las niñas y le dijo:

—No, mañana yo termino con todo eso. Manda a la semana que viene a María Cecilia a lavar, que yo voy a terminar con todo eso.

Entonces ella tenía mucha afinidad con el pez. El pez se llamaba Sunsun, y entonces ella, siempre que llegaba a la orilla del río, le decía:

—Sunsun, dime algo.

Bueno, y esa semana que estaba descubierta, pero ella no lo sabía, va María Cecilia a lavar, se acerca al río y dice:

—Sunsun, dime algo.

Y oye una voz que, desde el fondo del río, le dice:

—Tu padre me está velando.

Entonces ella le dice:

—Sunsun, no hagas caso de eso.

—Tu padre me está velando, vete ahora para tu casa.

Cogió y se fue. Entonces ella se fue convencida de que tenía que esperar hasta la otra semana, ¿no?

Entonces, a la otra semana, cuando llegaba el día de lavar, el padre se levantó temprano y dijo:

—Mis hijas, voy al pueblo. ¿Qué quieren que les traiga?

Entonces, María Teresa le dijo:

—A mí me traes un perfume, papi, para quitarme la peste a suelo que tengo de limpiar la casa.

Y María del Carmen le dijo:

—A mí me traes condimentos para cocinar.

Le dijo:

—Y tú, María Cecilia, ¿qué quieres?

Y le dijo:

—Yo no quiero nada.

Y entonces, la madrastra le dijo:

—A mí me traes un bote de cola.

Enseguida salió la chica para el río y se acercó:

—Sunsun, dime algo.

—Tu padre me está velando.

—Sunsun, eso es incierto. Papá anda por el pueblo.

—Tu padre me está velando.

Entonces le dice:

—No puede ser, mi padre salió por el pueblo a buscar unos encargos nuestros.

Y dice:

—Para que me veas siquiera voy a sacar la cabeza, pero tu padre me está velando.

Entonces, cuando sacó la cabeza para hablar con ella, el padre vino y le dio con una piedra en la cabeza, y se convirtió en un pájaro con las alas de plata y salió volando.

Entonces María Cecilia empezó a llorar y, entonces, el padre le decía:

—Mira, sinvergüenza... enamorada de un pez. Tú sabes que es que los hombres no ponen sus ojos en ti, que estás enamorada de un pez. Eso parece mentira, sinvergüenza.

Bueno, entonces regresó a su casa muy triste... Entonces, bueno, ella no hacía más que llorar. Todas las noches, cuando todo el mundo se acostaba, venía un pájaro de alas de plata a cantarle a su ventana y ella conversaba con el pájaro, y le decía:

—Yo soy el mismo pez aquel, que me tuve que convertir en pájaro para huir de tus padres y de su tiranía. Pero tú sabes que yo sé que no puede ser entre nosotros ninguna relación. Pero yo te quiero, te amo.

Todas las noches el pájaro de alas de plata iba a conversar con María Cecilia en la ventana y le decía:

—Mira, yo soy el mismo pez, pero tuve que transformarme en un pájaro para escapar de la agresión de tus padres. Yo sé que estas conversaciones, estas citas, no van a durar mucho. Sé que entre nosotros no puede haber ninguna relación, pero te quiero porque yo...

Entonces una noche en que el pájaro acudió a la ventana de María Cecilia, la madrastra creyó sentir un ruido, un murmullo.

Se asomó y, además, que pudo percibir un pájaro que se veía de lejos y el ruido de un aletear. Al otro día el padre se levantó diciendo:

—Mis hijas, voy al pueblo. ¿Qué quieren que les traiga?

María Cecilia volvió a pedir un perfume:

—Porque yo, de tanto fregar el piso y limpiar la casa, pues, cojo mal olor, y ya el que tú me trajiste se me acabó.

—¿Y tú, María del Carmen?

—No, yo quiero otra vez condimentos para cocinar.

—¿Y tú, María Cecilia?

—A mí no me traigas nada.

Porque ella estaba muy disgustada. Entonces a la mujer le preguntó. Dice:

—A mí tráeme una cajita de cola, pero de una cola que tenga una fuerza para pegar impresionante.

Entonces, bueno, el padre regresó del pueblo. Le trajo a cada una lo que pidió. Le dio a la madrastra la cajita de cola. Y por la tardecita, mientras todo el mundo estaba cenando, la madrastra de María Cecilia, malvada, cortó unas espinas de naranjos y de limoneros, y regó toda la ventana de María Cecilia, por la parte de afuera, de espinas, y las pegó con la cola.

Y entonces, cuando el pájaro se acercó por la noche a conversar con María Cecilia, se hirió en varias partes del cuerpo y salió volando herido. María Cecilia cogió y se dio cuenta de lo que le habían hecho, y se puso su mejor vestido, sus mejores zapatos, cogió una maleta y dijo:

—Adiós.

Ella no sabía dónde vivía el pájaro de alas de plata, ni nada de eso. Y salió camina, camina, camina, corre que te corre, y llegó a un monte. Y entonces, en el medio del monte había un árbol. Debajo de ese árbol dormía un puercoespín, y encima un águila. Y María Cecilia, ahí mismo, decidió pasar la noche,

en medio de los dos. Entonces, a media noche, se despertaron los dos animales y decidieron conversar. Entonces el águila le dice:

—Compadre puercoespín, ¿usted sabe quién está herido?

Dice el puercoespín:

—Sí, ya sé quién está herido, el vecino del otro castillo. El príncipe de los tronos de plata que se convirtió en un pez primero, y luego en un pájaro por culpa de una mujer. Y convertido en un pájaro, lo han herido casi de muerte.

Dice el águila:

—Sí, lo que pasa es que nadie sabe... —La chica estaba oyendo, durmiendo allí escondidita, pero ellos no la habían visto. Dice el águila—: Lo único que no saben los mortales es que con la riñonada suya y la riñonada mía se hace un unguento, que es lo único que sería capaz de salvar al pájaro de las alas de plata de las garras de la muerte. Pero bueno, vamos a dormir, comadre águila y compadre puercoespín, vamos a dormir porque, en definitiva, nadie va a saber eso, y no nos van a sacar nunca los riñones, y él se va a morir.

Cuando se quedó el puercoespín dormido, María Cecilia, que traía un cuchillo, le atravesó la garganta, lo abrió, le sacó los riñones. Torció el cuello del águila, después de cazarla, claro, y la abrió también, y le sacó los riñones. Y mezcló todo eso y lo convirtió en un unguento. Y, cuando amaneció, salió a caminar.

Entonces salió caminando, caminando, caminando. Se me había olvidado decirte que María Cecilia traía en la mano derecha tres anillos: uno en el dedo del medio, uno en el anular y otro en el pequeño. Entonces ella salió caminando, camina, camina, camina y llegó a una casa preciosa en un claro del bosque, allá. Y entonces vio a todo el mundo llorando y le preguntó a una criada:

—¿Qué pasa aquí?

Dice:

—No, que está muy herido el príncipe de la corona de plata, que se convirtió en un pez y en un pájaro por culpa de una mujer; y ahora está mortalmente herido y no hay nada que pueda salvarle.

Entonces le dice:

—Mira, dile a la señora, a la madre del príncipe, que yo tengo un ungüento que, con ponérselo en las heridas, el príncipe se salvará.

Entonces, la criada fue y se lo dijo, y la mamá del muchacho vino para acá y dijo:

—¡Ay, mi hija! ¡Si tú me logras salvar a mi hijo!

Entonces ella cogió y le dio el ungüento. Y la madre, después, se lo frotó en todas las heridas, y él empezó a recuperarse.

Pero no quería comer nada, y no quería comer, y no quería comer. Entonces le preguntaban:

—Príncipe de la corona de plata, ¿por qué no quieres comer?

Entonces él dijo:

—Porque he perdido a la mujer que amaba, y mientras no la recupere no voy a comer.

Entonces, María Cecilia le preguntó:

—¿Ha mejorado el príncipe de la corona de plata?

Entonces, la madre le dijo:

—Sí, ha mejorado, por lo menos sus heridas han dejado de sangrar. Milagrosamente, con el ungüento que tú nos has dado, se ha sanado. Pero ahora no quiere comer porque dice que ha perdido el apetito por culpa de una mujer.

—Pues mira, yo sé hacer unas frituras que con esas frituras cualquiera que no tenga apetito lo recupera.

Entonces la madre le dijo:

—Si tú me haces unas frituras y logras que mi hijo recupere su apetito, yo no sé qué te haría.

Entonces ella le dijo:

—Tienen que ser tres. Busca harina, huevos e ingredientes para tres frituras.

Entonces hizo tres frituras amasadas con harina, como tres arepas, así. Las frío, y en el medio de cada fritura puso un anillo. Y entonces, cuando se las llevaron, él dijo:

—No, no, yo no quiero comer nada. Yo esta comida no la deseo.

—Sí, mi hijo. Cómete estas frituras, que te las manda una curandera nueva que ha venido de otros lugares.

Entonces el muchacho abrió la primera fritura y se encontró el primer anillo de María Cecilia. Lo reconoció y se comió la segunda:

—¡Ay, mamá! ¡Dame otra! —Y así fue reconociendo anillos, y dice—: Madre, yo no me puedo curar si tú no me traes a la persona que hizo las frituras.

Y entonces, bien arreglada, bien vestida, vino María Cecilia adonde estaba su príncipe de la corona de plata, lo abrazó y ya le dijo que se había roto el encantamiento, que no tenía que seguir siendo ni pez ni pájaro, que para toda la vida sería un hombre para amarla, para quererla, para respetarla.

Se casaron,  
fueron felices,  
comieron perdices,  
y a mí no me dieron  
porque no quisieron.

### 3. María Cenizosa

ATU 480 + 510A

[*Las muchachas amable y antipática + La Cenicienta*]

Había una vez un hombre que tenía una hija, pero que su esposa murió cuando la niña era muy pequeña. Y él volvió a casarse con otra señora, que también tenía una hija.

Esta señora con quien se casó en segundas nupcias era una mujer egoísta, orgullosa y, sobre todo, que todo lo quería para su hija. Como si fuera poco, la hija del hombre era muy, muy bella, muy bonita. A la medida que fue creciendo, era una niña muy linda. Y la hija de esta señora no era nada agraciada, era feísima.

Entonces, cuando ya las dos tuvieron una edad en que pudieron ayudar en la casa, a la niña del hombre, que se llamaba María, le dieron todos los trabajos de la casa: ella tenía que fregar el suelo, tenía que fregar la losa de las comidas, hacer las comidas, lavar, hacerlo todo. Mientras que la madrastra y su hermanastra, pues no hacían nada; y, entonces, le decían “María Cenizosa” que, claro, traducido sería “Cenicienta”.

Entonces ella tenía que lavar. Vivía en una casa de campo y se lavaba en el río. Entonces ella tenía que llevar todas las semanas la ropa al río, para lavarla. Y un día fue a lavar al río y, entonces había una viejita lavando allí, cerca de donde ella estaba lavando, limpiando un mondongo de cerdo. Es que, yo no sé aquí, pero allá se usa limpiar todas esas tripas y eso para hacer la morcilla.

Y entonces a la señora que estaba lavando el mondongo se le fue una tripita por el río. El río lo arrastró. Entonces llegó adonde estaba María y le dijo:

—¡Ay, mi hijita! ¿Tú no me has visto una tripita por aquí?

Y entonces María le dijo:

—No, señora, no la he visto, pero se la voy ayudar a buscar, no se preocupe.

Entonces María, como era más fuerte y más joven, nadó hasta encontrar la tripita en el río y se la devolvió a la viejita. Y la viejita le dijo:

—Eres muy buena, mi amor, de verdad. Mira, yo vivo en aquella casita que está allí, al otro lado del río. Ve a mi casa, y en mi casa hay un viejo, y hay un perro, y están todos mis utensilios, todas mis cosas de cocina y todo. Yo lo que quiero es que tú vayas a mi casa y mates al viejo, le botes la comida al perro, riegues todo lo que haya allí.

La viejita era para ver cómo reaccionaba la niña.

Y entonces, María cogió y fue hasta la casita y se encontró un viejecito muy pobrecito, muy triste y muy solito, y cogió y dice:

—¡Ay, yo a este viejecito no lo puedo matar!

Y cogió y lo bañó, le dio comida, le limpió la casa, ordenó todas aquellas cosas, aquella pobre viejita, le dio comida al perro, le puso la comida en su sitio, le hizo todo a la inversa de lo que la señora viejita le había dicho. Y cogió y se escondió detrás de la puerta.

Entonces, cuando la señora llegó, en la casa había un lorito, y entonces, cuando la señora llegó buscando a María, el periquito le decía:

—Tatá, tatá, detrás de la puerta está; tatá, detrás de la puerta está.

Entonces ella vio todo lo que ella había puesto en orden y le dijo:

—Eres una niña muy buena; te voy a hacer un regalo.

Y le dio un beso en la frente. Y en la frente le salió un lucero. Entonces ella regresó a su casa, ya con la ropa lavada; y la madrastra y la hermanastra, cuando vieron eso, dicen:

—Pero, ¿y ese lucero en la frente? ¿Qué es eso que tienes en la frente?

Y la madrastra enseguida cogió un cuchillo, por envidiosa. Para quitárselo raspaba y, entre más lo raspaba, más brillo adquiría el lucero y más hermoso se ponía.

—¿Y cómo tú tienes eso? ¿Y por qué tú tienes eso? ¿Quién te ha dado eso?

Y entonces la niña, infeliz, les contó la historia de lo que le había ocurrido en el río con la viejita. Y la madrastra, enseguida, cogió a la hija por un brazo y le dijo:

—¡Ven acá, Ramona! —Ramona se llamaba—. Vete ahora mismo al río y lava esa misma ropa, aunque esté limpia, a ver si te encuentras con la vieja esa y te pone un adorno también en la frente.

Entonces ella fue también al río, la hermanastra de María. Pero como era una chica tan pesada, tan egoísta, tan orgullosa, igual que su madre, cuando la viejita dejó escapar la tripita... porque vino y le dijo:

—Niña, ¿tú no has visto una tripita por aquí?

Y le dijo:

—¡Ay, no sé! Yo no estoy para buscar tripas ni nada de eso. Usted atienda a lo que hace. Si no, quédese sin la tripa.

Le dijo:

—Está bien, mi niña, no importa. Mira, yo sé a lo que tú has venido. Mira, del otro lado del río está mi casa. Ve allí, mata el viejo, quítale la comida al perro y riega todo lo que haya por mi casa, que te voy a hacer un regalo.

Entonces, la chica fue y le dio golpes al viejo, le dio golpes al perro, le dio golpes también al perico, que casi lo mata, regó toda la cocina, desordenó toda la casa, ensució todo el suelo, y se escondió también detrás de la puerta.

Y entonces, cuando la señora llegó, se quedó asombrada de ver todo el desorden y, además, con la maldad que lo había hecho. Y entonces empezó a buscarla, y el periquito dijo:

—Tatá, tatá, detrás de la puerta está.

Y entonces le dijo:

—Eres una niña mala. Ya verás el premio que te voy a regalar.

Y le dio un beso en la frente, y le salió un casco de caballo en la frente. Y entonces, cuando llegó a su casa, la madre:

—¡Pero no, Ramona! ¿Cómo es posible? ¡Mira lo que tienes, eso tan feo!

Y lo empezó a raspar y, mientras más lo raspaba, más feo y más horrible se le ponía. Entonces, bueno, allí estaban las dos hermanas: a María Cenizosa cada vez se le ponía más brillante y más bonito el lucero. Y a Ramona cada vez más le crecía el casco de caballos que le había salido en la frente.

Entonces, un día, llega una invitación del príncipe del reino, que iba a hacer una fiesta para escoger a la muchacha más bonita para casarse con ella. Entonces invitaron también a las muchachas que vivían en la casa de María, pero la madrastra le dijo:

—María, al baile iremos nada más que mi hija y yo. —El padre, claro, también permitía todo eso. Y entonces, le dijo—: Nada más que al baile iremos mi hija y yo. Tú no puedes ir.

Entonces se queda María muy triste. Y entonces ella siente que del lucero de su frente empiezan a vibrar como campanitas, en su frente, así. Cuando ella se pone muy triste, se acaricia el lucero, y del lucero comienza a brotar como el sonido de unas campanitas, y se aparece un hada y le dice:

—María, yo soy el hada de tu lucero. Dime qué te ocurre.

Dice:

—¡Ay! Es que yo también hubiera deseado ir al baile del prín-

cipe, porque a mí no me llevan a ninguna fiesta ni puedo salir a ninguna parte. Yo me paso la vida trabajando y no puedo ir a ningún lado.

Entonces le dijo:

—Está bien, yo te complaceré, yo propiciaré que tú vayas al baile. Tráeme una calabaza, seis lagartos, seis ratones y una rata, que con eso yo voy a propiciar que tú vayas al baile.

Entonces el hada sacó una varita mágica. Tocó la calabaza, que se convirtió en una preciosa carroza; tocó la rata gris, que se convirtió en un cochero gordo y elegante; tocó los ratones, que se convirtieron en caballos para llevar el coche; y tocó los lagartos, que se convirtieron en lacayos a las órdenes de María. Entonces la tocó con su varita mágica y la vistió con un vestido precioso, todo adornado en perlas y en oro. Bueno, un vestido de lo más lindo. Y le dijo:

—María, la única condición que te pongo es que tienes que estar aquí antes de que den las doce campanadas, porque, si no, la carroza volverá a ser calabaza; los lacayos, lagartos; los ratones, caballos; y tu cochero elegante volverá a ser una rata gris, y tú volverás a vestir de harapos. Y entonces le tocó los pies, y le puso en cada uno un zapatico de cristal.

Bueno, para allá fue María de lo más contenta. Cuando llegó al baile, enseguida se convirtió en la preferida del príncipe. La madrastra y la hermanastra de ella, que en ningún momento la reconocieron, enseguida empezaron a rendirle pleitesía. Era la muchacha más bonita de la fiesta.

El príncipe bailó toda la noche con ella, pero llegaron las doce menos cuarto y ella montó en su carroza y desapareció. Cumplió con su madrina.

Al otro día la madrastra y la hermanastra, cuando se levantaron, empezaron a burlarse de ella, a hacerle el cuento. Decían:

—¡Si tú ves qué muchacha más bella apareció anoche! La verdad es que es una muchacha de mucha clase. Tú, como no pudiste ir al baile, no pudiste verla.

Entonces ella cantaba así mientras trajinaba, y cantaba una cancioncita que decía:

—Quirrichí, quirrichá, quizás sería yo;  
quirrichí, quirrichá, quizás sería yo.

—¡Qué vas a ser tú! Tú eres una andrajosa, una harapienta, una zarrapastrosa, ¡cómo vas a ser tú!

Entonces era una semana entera de baile, y la muchacha repitió la operación: la madrastra y hermanastra se fueron para el baile, y el hada vino de nuevo. La volvió a vestir más hermosa todavía y en su carroza salió. Y ocurrió exactamente lo mismo.

Pero el tercer día, María Cenizosa estaba tan enamorada de su príncipe, y tan encantada en palacio con los agasajos que le rendían... Además se sentía tratada, por primera vez, como persona. Y fue tanto que olvidó la recomendación del hada y, al llegar las doce campanadas, no se había dado cuenta.

Y cuando estaban tocando las doce, salió corriendo del palacio y ya, cuando iba atravesando los jardines, ya no había carroza ni había lacayos ni había cochero ni caballos. Solamente le quedaba puesto su traje, que a medida que iba atravesando ya las últimas partes de los jardines, se iba convirtiendo en harapos.

Y nada más que le quedaba, cuando ella ya terminó de salir del palacio, en uno de sus pies, uno de los zapaticos de cristal. Porque uno se le había quedado en la carrera, en la escalinata del palacio.

El príncipe, preocupado por la desaparición de la muchacha más bella y que tanto amor le había causado, lo único que pudo

recuperar fue el zapatico. Y salió por todo el reino, él en persona salió por todo el reino, a probar el zapatito de cristal, jurando que la muchacha que le sirviera se casaría con él.

Entonces fue por todas las casas. Y, claro, él dijo que no iba a hacer selecciones, que lo mismo se lo iba a probar a las damas de la corte que a cualquier otra señora que viviera cerca. Entonces, llegó a la casa de María, y la vieja enseguida salió:

—¡Ramona, Ramona! Ven para que te pruebes este zapato, que, mi hija, a ti tiene que servirte para que te cases con el príncipe.

Era el zapato derecho. Cuando Ramona intentó poner el pie derecho en el zapatito, ¡qué va! Le sobraba un pedazo. Y vino y le cortó la mitad del calcañar; luego se cortó un dedo, pero así no le entraba el zapato. Entonces el príncipe dijo:

—¿Aquí no hay ninguna muchacha más?

Dice:

—¡No, qué va! Aquí, la única muchacha que existe es mi hija.

Pero en eso, pasó Cenizosa con una ropa en la mano, que la iba a tender, a ponerla en el tendedero. Y dice el príncipe:

—¿Y esa muchacha?

Dice:

—No, esa es una criada, una Cenizosa, esa no ha salido nunca de aquí.

Dice:

—Señora, yo tengo... En el pregón que lancé en el reino, dije que se lo iba a probar a todas las muchachas, a todas las mujeres del sexo femenino joven, no importaba condición ni nada.

Entonces llamaron a la chica, la sentaron y, claro, enseguida le sirvió el zapato.

La madrastra casi se muere de un infarto, pero la sorpresa fue mayor cuando, del bolsillo del traje raído, ella sacó el otro

zapatito de cristal. Entonces, en eso, apareció su hada madrina, que la tocó con su varita mágica y le puso un traje más hermoso que nunca.

El príncipe la encontró más bella que nunca y le pidió que se casara con él. Se casaron.

María Cenizosa, que era tan buena como linda, perdonó a su hermanastra todos los maltratos que le había hecho, y a su madrastra. Y casó a la hermanastra con otro señor de la corte, y ella se casó con el príncipe.

Fueron muy felices,  
comieron perdices  
y a mí no me dieron  
porque no quisieron.

#### 4. El niño que se transformó en una mata de higos

ATU 780B

[*El cabello parlante*]

Era una vez una mujer que tenía muchos hijos, seis en total. Pero por una razón u otra, el niño más pequeño, el sexto hijo, ella no lo quería mucho. Y cualquier travesura que hacían los otros, y cualquiera que hacía el más pequeño, ella siempre la veía de una dimensión mayor: lo castigaba más, lo regañaba más. Entonces, una vez, ella compró un paquete de higos y les dijo a los niños:

—Esos higos no se pueden tocar hasta que yo no se los reparta a ustedes.

Pero el niño más pequeño, travieso al fin y niño al fin, que le gustan las golosinas, cogió un higo. Entonces, cuando la madre regresó, que ella no estaba en ese momento, ¿no? Cuando regreso, los demás hermanitos le dijeron:

—Mamá, mamá, mira, Fulanito cogió un higo.

Y entonces ella dijo:

—¿Ah, sí? Pues cogiste un higo.

Y cogió y le dio una paliza grande al niño, y fue para el patio y le enterró. El padre no estaba, pero lo enterró. Y después, cuando el padre regresó, le dijo que el niño había decidido irse a vivir con su tía, y que ya no regresaría más.

Entonces donde ella enterró al niño, salió una mata de higos. Cuando la mata estuvo lo suficientemente crecida, que ya empezó a parir higos, los niños se pusieron de lo más contentos:

—¡Mira, mamá! ¡Una mata de higos, una mata de higos!

Entonces fue el niño mayor a coger un higo. Cuando le puso la mano encima al primer higo, que lo fue a arrancar, un higo maduro, se escuchó de debajo de la tierra una canción que decía:

—Hermanito, hermanito,  
no me arranques mis cabellos,  
que mi madre me ha enterrado,  
que mi madre me ha enterrado  
por un higo que ha faltado.

Entonces, el hermano mayor fue para donde estaba el segundo:

—¡Mira, mira! ¡La mata de higos habla, la mata de higos canta!

Entonces, el segundo niño le dijo:

—No seas tonto, eso es mentira. ¿Cómo va a cantar y hablar una mata de higos? Tú verás, le voy a arrancar un higo; eso fue que no alcanzaste al higo maduro siendo tú el mayor.

Entonces el segundo pone la mano en un higo y vuelve la canción debajo de la tierra:

—Hermanito, hermanito,  
no me arranques mis cabellos,  
que mi madre me ha enterrado,  
que mi madre me ha enterrado  
por un higo que ha faltado.

Y eso les fue sucediendo a todos los niños. Hasta que llegó el quinto niño también, y la mata le cantó la misma canción. Entonces ellos se ponían a llorar alrededor de la mata de higos. No podían comerse los higos. Y entonces el padre regresó del trabajo. Entonces el niño que había quedado como más pequeño, es el quinto, le dijo:

—¡Papá, mira! ¡La mata de higos habla, la mata de higos canta!

Entonces el padre le dijo:

—Mi amor, eso no puede ser. No hay una mata de higos que hable ni que cante.

Dice:

—Sí, sí, ven con mamá para que tú veas que la mata de higos canta, que la mata de higos habla.

Dice:

—No, yo voy a ir solo.

Dice:

—Mira, intenta coger un higo.

Y el padre intentó coger un higo. Se escuchó la canción debajo de la tierra, y la mata decía:

—Padrecito, padrecito,  
no me arranques mis cabellos,  
que mi madre me ha enterrado,  
que mi madre me ha enterrado  
por un higo que ha faltado.

Entonces él fue loco de dolor, llorando, llegó a la casa y le dijo:

—¡Fulana! ¿Dónde está nuestro hijo más pequeño? Que tú me dijiste que se había ido a pasar un tiempo con su tía, que se había ido a vivir para allá y que ya no vendría más, y que era lo mejor para el niño. ¿Qué has hecho con él, dónde está? —Y así, dándole golpes, le dijo—: ¡Mira, esa mata de higos habla! ¡Trata de arrancar un higo, maldita!

Entonces ella le dijo:

—Eso es mentira, eso es un cuento de ustedes.

Y cuando ya fue que nada más puso la mano en el tronco, la mata, con la voz más triste que nunca, le decía:

—Madrecita, madrecita,  
no me arranques mis cabellos,

que tú misma me enterraste,  
que tú misma me enterraste  
por un higo que ha faltado.

Entonces el padre dijo:

—¡Vamos a arrancarlo de inmediato, a cortar esa mata de higos, a ver qué hay debajo de ella!

Entonces, cuando escarbaron debajo de la mata de higos, que la lograron cortar y escarbaron, estaba el niño enterrado. Todavía vivía, ¿no? Pero se había deformado totalmente. Y la cabeza, del cuello hacia abajo, así, le colgaban ramas y tenía higos colgando, lo mismo que tenía la mata por encima lo tenía el niño cuando salió.

Entonces el padre cogió y, bueno, llevaron a juicio a la madre y la mataron. El niño, que ya era una mata de higos, se quedó transformado.

Cuando lo sacaron de allí, se fueron desprendiendo los higos y se hizo en el patio una gran higuera. El niño se desintegró, se fue transformando así en higos, y quedó una gran higuera en el patio. Y entonces ya los hermanos podían comer de esos higos, que ya la mata no les cantaba esa canción tan triste.

Y bueno, y a la madre la mataron, y ya. El niño que habían enterrado se transformó en una higuera, y el padre se quedó muy triste y más nunca volvió a probar un higo. Y a la madre la mataron.

## 5. Las tres toronjas

ATU 408

[*Las tres naranjas*]

Eran tres hermanos que eran muy pobres y decidieron ir a buscar fortuna. Entonces van por un camino y se encuentran una mata de toronjas. Y tenía tres toronjas nada más.

Entonces cada uno de los hermanos arrancó una toronja. El mayor cogió y picó su toronja para comérsela y, en medio de la toronja, salió una muchacha, y la muchacha le dice:

—¿Tienes espejo?

Dice:

—No.

—¿Tienes peine?

Dice:

—No.

—¿Tienes pintalabios?

—No.

—Tú no tienes nada; entonces me voy.

Y cogió y se desapareció la toronja y la muchacha.

El segundo abrió su toronja y salió también una muchacha.

Dice la chica:

—¿Tienes peine?

Dice:

—No.

—¿Tienes espejo?

Dice:

—No.

—¿Tienes pintalabios?

—No.

—Entonces no tienes nada, y me voy.

Abrió el más chiquito la toronja y salió una muchacha lindísima, la más linda de todas. Y le dijo:

—No me importa que no tengas espejo, ni peines, ni pintalabios. Yo dejo el encanto de mi toronja y me quedo contigo.

Y él dijo:

—Yo sí tengo espejo, tengo peines, y me puedo exprimir una vena para hacerte un pintalabios con que pintar tus labios con mi sangre.

Bueno, quedaron enamorados perdidamente. Los otros dos hermanos, ya, se perdieron, se quitaron del cuento. Él se quedó con la muchacha que había salido de la mata de toronjas y le dice:

—Espérame aquí, que voy a buscar un coche para poderte llevar a la ciudad y poderte presentar.

Entonces, en lo que él fue a buscar un coche, había una bruja vieja, negra, muy fea, que llegó adonde él la había dejado, en el tronco del árbol, apoyada la muchacha, y le dice:

—¡Ay! ¡Pobrecita palomita! ¿Qué haces aquí solita tan abandonada?

Dice:

—No, mi novio fue a buscar un coche para poderme llevar a la ciudad.

Entonces ella le dice:

—¡Ah, sí! Pero mira, ven, recuéstate en mi hombro, descansa un poquito.

Entonces empezó a pasarle la mano por la cabeza, y con la otra mano se sacó de los pechos, así, del seno, un alfiler, y se lo clavó en la cabeza a la muchacha, y salió una paloma volando.

Entonces ella cogió y la negra se pintó lo mejor que pudo, se arregló lo mejor que pudo. Cuando el muchacho regresó, dijo:

—¿Dónde está la chica que yo dejé aquí?

Dice:

—No, yo soy la que tú dejaste aquí. Tú no te acuerdas que yo salí de una toronja. —La chica le había contado la historia a la bruja—. Y te dije que no importaba que no tuvieras peine ni espejo ni pintalabios, que yo me quedaba contigo.

Dice él:

—Sí, pero no era tú rostro.

Dice:

—No, sí era mi rostro, lo que pasa es que tú no lo has grabado bien. No te acuerdas que tú me dijiste que me dejabas aquí para ir a buscar un coche para llevarme a tu casa.

Y él dice:

—Bueno, no tendré más remedio que irme con esta mujer.

Se llevó la negra para su casa, y les contó a sus padres lo que le había sucedido, y la encerraron en un cuarto. Entonces todos los días venía una paloma a la ventana del príncipe y le decía:

—Labrador, labrador,  
¿qué está haciendo el rey  
con la reina mora?

Entonces, él le decía:

—A veces canta  
y a veces llora.

Y así transcurrieron siete días con siete noches en los que se escuchó el canto místico de la paloma todos los días:

—Labrador, labrador,  
¿qué está haciendo el rey

con la reina mora?  
Y el príncipe le decía:

—En veces canta  
y en veces llora.

Entonces un día apareció una viejecita en la puerta de la casa del muchacho vendiendo toronjas. Traía en la cesta tres toronjas y le dijo al muchacho, al más chiquito de los hermanos:

Ustedes son tres hermanos; yo quiero que tú escojas la toronja que más te guste.

Y él escogió de la cesta la toronja más mala. La vieja le dijo:

—Bueno, por haber escogido el fruto que menos brillantez tenía, te mereces un premio. Mira, yo soy un hada. Todos los días viene a tu ventana una paloma que te pregunta:

“Labrador, labrador,  
¿qué está haciendo el rey  
con la reina mora?”.

Y tú le dices que:

“a veces canta  
y a veces llora”.

Y ahora tú, cuando vuelva otra vez la paloma, tienes que preguntarle:

“¿y qué está haciendo,  
la paloma soñadora  
que no viene a liberar  
al rey de la reina mora?”.

Entonces, bueno, la viejita desapareció, le dejó su toronja. A los dos días viene la paloma y le dice:

—Labrador, labrador,  
¿qué está haciendo el rey  
con la reina mora?

Dice el rey:

—A veces canta  
y a veces llora.

Pero me gustaría saber  
qué está haciendo  
la paloma soñadora,  
que no viene a liberar  
al rey de la reina mora.

Y entonces la paloma dice:

—La paloma soñadora  
está comiendo frutas silvestres  
y bebiendo aguas turbias de los arroyos.

Entonces bueno, se va la paloma y aparece otra vez el hada con las tres toronjas. Y le dice al chico que escoja la toronja que más le guste. Y le dice:

—Mira, dentro de esa toronja, en esa tercera toronja que te doy, hay un encantamiento que, cuando tú abras la toronja en la mesa, la paloma cuando venga se va a posar en ella. Acaríciala suavemente y revísala la cabeza, y quítale lo que tiene en la cabeza.

Entonces, bueno, él coge su toronja, la abre así en el pórtico y, cuando viene la paloma, la paloma le dice:

—Labrador, labrador,  
¿qué está haciendo el rey  
con la reina mora?

Le dice:

—A veces canta  
y a veces llora.  
Pero no sé qué está haciendo  
la paloma soñadora  
que no viene a liberar  
el rey de la reina mora.

Dice ella:

—Está comiendo frutas silvestres  
y bebiendo aguas turbias de los arroyos.

Y entonces el príncipe hace así, y abre la toronja, y la paloma se queda así, como extasiada. Cae en la trampa, porque era una paloma que no se dejaba atrapar.

Y él la coge y empieza a acariciarla, acariciarla, y le ve una cosa dura en la cabeza y la saca. Y ya desbarata el encantamiento. La paloma deja de sangrar y se convierte en la muchacha.

La muchacha le cuenta la historia. Mataron a la negra, y la muchacha se quedó con el muchacho.

## 6. Permita Dios, la Rosa Divina

ATU 675

[*El muchacho vago*]

Era un hombre que tenía algunos problemas de retraso. Era un poco subnormal. Entonces en su pueblo le decían Juan el Bobo. Entonces Juan el Bobo cada vez que en el palacio del rey había una fiesta, pues él iba y el rey le decía:

—¡Entra, Juan, para que comas! —con algo, así, de lástima.

Pero la princesa era muy burlona y se reía mucho de él, de Juan el Bobo. Cuando él hacía alguna cosa así, ella se reía y se burlaba. Y entonces él siempre salía muy triste del palacio; porque él era así, bobo, pero tenía un gran corazón, y su corazón estaba flechado por la princesa. Él aprovechaba cualquier ocasión de alguna fiesta que había en el palacio e iba como fingiendo que iba a comer y eso, para poder ver a la princesa, porque estaba loco por ella.

Entonces una mañana que esa noche había fiesta en el palacio, él sale por la mañana a pasear por el campo y se encuentra con una viejita. Y entonces la viejita le dice:

—¿Qué te pasa Juan?

Dice:

—¡Ay, señora! Que estoy muy triste porque no sé con qué ropa voy a ir hoy al baile del palacio. Y yo siempre voy. Allí me dan comida y puedo ver a la princesa, aunque sea de lejos. Aunque ella se ría de mí, no importa.

Y entonces la señora le dice:

—Mira, no te preocupes. Toma este dinero y ve a la tienda más bonita del pueblo y cómprate un traje. Y te voy a conceder una gracia mágica con la que vas a salir de todos tus problemas

en la vida. Cada vez que tú quieras que se te cumpla un deseo, dices antes “Permita Dios y la Rosa Divina”, y pides lo que quieras para que veas que se te concede.

Entonces Juan fue, se compró el traje, bueno, se vistió y fue para el palacio por la noche. El rey enseguida le dijo:

—Juan, ven, entra para que comas un poco de comida y eso.

Entonces la princesa estaba más linda que nunca. Pero también estaba con otras amigas y empezaron a burlarse de Juan el Bobo. Y Juan el Bobo interiormente dijo:

—Permita Dios y la Rosa Divina que salga embarazada de mí.

Bueno, Juan se fue para su casa, la fiesta terminó. Empezaron a pasar los meses, y la princesa a sentir los malestares propios del embarazo. Y entonces le dijo al rey y a la reina:

—Papá, mamá, me siento muy mal. Tengo náuseas, mareos, revoltura en el estómago, estoy muy mal.

Entonces la llevaron al médico. Y entonces dice el médico:

—Mire, majestad, lo que tiene su hija es que está embarazada.

—Pero, ¿cómo embarazada? Si mi hija es una princesa, no se ha casado con nadie, es una princesa señorita, ella no ha tenido...

Dice:

—Efectivamente, pero está embarazada.

Entonces, bueno, encerraron en una torre a la princesa con todos los cuidados hasta que naciera el niño.

Cuando el niño nació, fueron a un adivino y le dijeron:

—Mira, nosotros queremos saber cómo se ha estado la princesa. Y, lo más importante, quién es el padre del niño, porque esta princesa tiene que haber dado un mal paso; esto por obra y gracia de Dios no ocurre.

Entonces dice el adivino:

—Mire, yo le aconsejo que saquen a la princesa y al niño de su encierre, que hagan público el nacimiento del niño y que

hagan una gran fiesta en palacio. Y pongan la cunita del niño en la ventana más iluminada del palacio, y que todos los hombres del reino sean invitados a la fiesta. Que sea obligatorio pasar por el lado de la cuna del niño para cada persona que vaya a entrar a la fiesta, sobre todo los hombres. Que con el hombre que el niño se ría, ese es el padre.

Bueno, siguieron todos los consejos del adivino, sacaron a la princesa de la torre, hicieron público, ¿no?: “La princesa tuvo un niño, no se sabe cómo ha quedado embarazada, pero ha tenido un niño, y lo vamos a exhibir en una gran fiesta para que todos lo vean, y están invitados todos los hombres, ricos y pobres, del reino”.

Entonces, Juan el Bobo también fue al palacio. A él no le llegó una invitación personal como a muchos. Pero él también fue, como él siempre entraba. Entonces fueron desfilando los hombres por delante de la cuna del niño. Entonces, cuando casi llegaba el turno de Juan, la princesa dijo:

—¡Ay, papá! Pero a ese no le dejen pasar por delante de la cuna del niño, porque si de alguien yo estoy segura que no es ese niño, es de él.

Entonces el rey dijo:

—No, el adivino nos dijo que todos los hombres pasaran por delante de la cuna del niño, y Juan también es un hombre, aunque sea bobo.

Y entonces, cuando pasó Juan por delante de la cuna... ¡Mira que el niño gorjeaba, se reía, movía las manitos! Bueno, de lo más contento.

Entonces, el adivino que estaba allí dijo:

—Bueno, se ha cumplido mi profecía. El niño es de ese hombre.

El rey se enfureció y le dijo a la princesa que era una descarada, que mira con quién se había venido a acostar, con Juan el Bobo, que había tenido un hijo del Bobo, que él no podía permitir

tener un nieto de Juan el Bobo, que a partir de ese momento quedaban desheredados y renegados para siempre, olvidados de su palacio, ella y su hijo.

Entonces cogió y mandó hacer un barco grande. Y los encerró a Juan el Bobo, a la princesa y al niño en el barco. Y lanzó el barco a la mar, a la deriva, sin timonel ni nada, como para que se murieran en el mar.

Entonces la princesa no le dirigía a Juan la palabra. Entonces no tenían nada: el niño estaba llorando por hambre. La princesa, como estaba tan débil, tampoco podía amamantarlo. Y entonces dice Juan:

—Permita Dios y la Rosa Divina que aparezca en este barco cuanta leche necesita beber mi hijo.

Enseguida se llenó aquel barco, uno de los camarotes, de biberones y de leche para el niño, y de todas las cosas que le hacían falta al niño. Entonces la princesa le daba leche, pero estaba encerrada en uno de los camarotes y no quería saber de Juan, no quería hablar con él. Dice Juan:

—Permita Dios y la Rosa Divina que este barco, en el comedor, aparezca aquí cuanta comida nos podamos comer la princesa y yo.

Enseguida una mesa con manjares de todo tipo y bien servida, con manteles de oro y vinos y, bueno, manjares, comida. Entonces Juan le tocó la puerta al camarote y dijo:

—Princesa, si no sales a comer te vas a morir de hambre, y no vas a poder cuidar a tu hijo.

Pero ella seguía alimentando al niño, cambiándolo con la ropita y las cosas que habían aparecido, atendiendo al niño, pero sin comer ella. Pero ya, al tercer día, tenía hambre y le dijo:

—Mira, Juan, como estamos abandonados aquí en el mar, los tres solos, pues tenemos que hacer un pacto y tratar de llevar-

nos bien. Según dice el adivino, tú eres el padre de mi hijo, y tú bien sabes que yo no he tenido ninguna relación contigo. Pero ya que estamos aquí solos los tres, pues vamos a tratar de llevarnos bien.

Entonces, él le dijo:

—Está bien, princesa, si eso es lo único que yo deseo. Yo hace muchísimo tiempo que te quiero, y este es el único modo que he conseguido para llegar a ti. Perdóname la forma en que lo he logrado, pero, aunque sea, yo con tenerte cerca me conformo. Yo no voy a hacerte daño, no te pondré una mano encima si tú no quieres.

Entonces, bueno, ahí comieron. Vivían dentro del barco, en el mar. Hasta que un día, Juan dijo:

—Permita Dios y la Rosa Divina que este barco ponga proa al pueblo de donde hemos salido. Pero que nos deje cerca del palacio del rey, pero en una playa cerca.

Entonces, el barco, bueno, los llevó hasta una playa bien cercana, y Juan dijo:

—Permita Dios y la Rosa Divina que aquí se alce un palacio el triple de hermoso que el palacio del rey.

Entonces, enseguida apareció un palacio que era tres veces más hermoso que el palacio del rey, con criados, con todo lo que necesitaba un palacio, con toda la servidumbre, con... bueno, un palacio maravilloso, con las habitaciones preciosas. Bueno, un palacio donde la princesa empezó a sentirse dichosa, y donde empezó a crecer el hijo de ambos.

Entonces el rey de ese país, el padre de la princesa, recibió la noticia:

—¡Majestad, majestad! En la playa hay un palacio que es tres veces mayor y más hermoso que el suyo. No sé qué rey lo habitará, pero es un palacio precioso.

Entonces, el rey dijo:

—Yo tendré que ir en persona para comprobarlo.

Entonces fue. Pero entonces los criados no lo dejaron pasar. Le dijeron:

—Lo siento, pero el señor que habita este palacio, que es tan rey o más que usted, le invita para una cena el domingo por la noche. Usted antes no podrá ver ni a los habitantes del palacio, ni el palacio por dentro.

Entonces, bueno, el rey no le quedó más remedio que estar de acuerdo, y fue por la noche a cenar. Entonces, Juan el Bobo, ya con traje de príncipe, salió a recibirlo. Y entonces el rey le decía... [Juan el Bobo] salió él solo, sin la princesa ni el niño; y entonces le dijo:

—A mí tu cara me es conocida de algo y yo... Me parece haberte visto en alguna otra parte.

Y Juan le dijo:

—No, yo soy un príncipe de tierras lejanas y he roto aquí, a la orilla de esta playa, un encantamiento, un hechizo que tenía. Y por eso es que tengo aquí, tan cerca del suyo, este palacio. Pero usted a mí no me conoce, porque yo soy un príncipe de otras tierras.

Entonces, cuando pusieron la cena, toda la vajilla era en plata y oro. Y cuando estaban comiendo, que estaban muy entretenidos con otros señores y eso, Juan dijo en su interior:

—Permita Dios y la Rosa Divina que uno de mis cubiertos de plata se esconda en el bolsillo del traje del rey.

Entonces, cuando fueron a recoger la mesa, que ya habían terminado, un sirviente le dijo:

—Mi príncipe Juan, falta uno de los cubiertos de plata.

Y Juan dijo:

—Señores, me falta uno de los cubiertos de plata y no puede irse de aquí nadie sin que los registremos a todos.

Entonces empezaron a registrar a todos los que estaban allí invitados y a todos los sirvientes y a todos los que estaban presentes en el comedor. Entonces cuando fueron a registrar al rey. Él dijo:

—Yo pienso que no me vayan a registrar porque yo soy el rey. No me vayan a registrar: yo soy el rey, sería incapaz.

Entonces Juan le dijo:

—Lo siento, pero a todo el mundo que está presente hay que registrarlo.

Y cuando los sirvientes lo registraron, en el bolsillo del traje del rey estaba el cubierto de plata que faltaba. Entonces el rey, muy avergonzado, decía:

—¿De qué forma va a venir a dar este cubierto de plata en mi traje, si yo no me lo he puesto?

—De la misma forma que, un día, su hija, la princesa, salió embarazada de Juan el Bobo; de la misma forma que, a pesar de usted habernos echado en un barco a la mar, a la deriva, hemos podido sobrevivir. Es verdad que mi cara le es conocida, porque a pesar de mi traje de príncipe, yo soy Juan el Bobo, y tengo una gracia que me ha permitido la providencia, y gracias a ella estamos vivos su hija y su nieto.

El rey abrazó a la princesa, que salió en ese momento con el niño en brazos. Le pidió perdón, jurándole que se había arrepentido de haberla abandonado, y le dijo que le concedía a Juan oficialmente la mano de su hija.

Se casaron y se quedaron todos muy felices viviendo en aquel palacio que la gracia de Juan había construido.

Y fueron felices  
y comieron perdices,  
y a mí no me dieron  
porque no quisieron.

## 7. Tírame los brazos de mamá

ATU 706 + ATU 326

[*La muchacha sin manos + El velador de la casa hechizada*]

Érase una vez un señor dueño de una tienda muy grande, de un almacén. Vivía en una casa muy lujosa, pero era un explotador. Entonces, a los trabajadores de él, pues, mientras a él se le podrían las mercancías de tantas que tenía almacenadas, los trabajadores se morían de hambre.

Tenía este hombre, de su matrimonio, cuya esposa ya había muerto, una hija que tenía las dos virtudes que mejor pueden adornar a una mujer: era preciosa y, además, de una infinita bondad. Cuando su padre se iba a hacer inspección en el almacén o salía del pueblo, ella repartía mercancía entre los trabajadores, ella les daba comida y eso para lidiar en algo su situación.

Pero como el ser humano es tan complejo, siempre hay alguien desagradecido que no agradece lo que se hace por él. Entonces uno de los trabajadores, por congraciarse con el padre de la chica, le dijo una vez:

—Mire, señor, su hija, cuando usted sale, reparte mercancía entre los trabajadores y reparte ropa, y está robándole a usted mismo.

El padre no le dijo nada a la chica. Pero un sábado al medio día, después de haber terminado de trabajar, le dijo:

—Hija, vamos a dar un paseo por el monte.

Y entonces, ella le dijo:

—Bueno, papá, usted nunca me ha invitado a pasear; tampoco usted nunca ha sido muy cariñoso conmigo. Pero, en fin, me alegra mucho que quiera pasear, yo pienso que un padre y una hija deben tener las mejores relaciones.

Y él le dijo:

—Sí, sí, bobita. Vamos, vamos conmigo.

Entonces cogió y, en lo que la chica se ponía la ropa de montar, fue y cogió del almacén un cuchillo y una sogá. Y entonces la llevó a lo más intrincado del monte.

—Así que has estado robando a tu padre, ¿no? Repartiendo mercancía entre los trabajadores, robándome mis cosas, lo que yo he hecho con mi sudor. Mala hija, ahora verás.

Y cogió y la amarró del tronco de un árbol y la dio una enorme paliza, la cortó los dos brazos y la dejó llena de sangre, amarrada al árbol, y se fue.

Entonces la muchacha empezó a gritar, a gritar, a gritar. Por allí acertó a pasar un muchacho que vivía del otro lado del monte, en una casa preciosa que había, pero del otro lado. Y él iba siempre a ese montecito a cazar.

Entonces, cuando estaba preparando los cartuchos, poniéndoselos a la escopeta, que se disponía a cazar, oía los gritos. Decía en su mente:

—Oye, esos son gritos, y gritos de una mujer. —Puso el caballo a todo galope y llegó a donde estaba la muchacha—. ¡Ay! Pero, ¿qué te han hecho? ¿Qué te pasa?

Bueno, le quitó la sogá, la muchacha se desmayó y él la cargó; se desmayó del dolor, claro. La cargó, la puso con él en el caballo y la llevó hasta su casa, donde él vivía con su madre. Le dijo:

—Madre, mira. Me he encontrado esta muchacha amarrada a un árbol, sin brazos, le han cortado los brazos, ¡qué crimen! ¿Quién sería el asesino que lo hizo?

Y entonces trajo un médico. La curaron. Hombre, claro, no le devolvieron los brazos, pero la curaron. Le vendaron todo eso.

Bueno, la madre del muchacho le dijo que si se quería quedar allí con ellos, y ella dijo que sí, que no tenía para dónde ir ni qué hacer, que la única familia que tenía era su padre, y mira lo que le había hecho.

Entonces bueno, la muchacha, pasaron días, meses, se fue restableciendo de sus heridas. Cada vez la madre del muchacho la quería más, y el muchacho se fue también enamorando de ella, y le pusieron por sobrenombre “la Manquita”; pero se lo decían con tanto cariño que ella nunca llegó a sentir complejo. Hasta que un día el muchacho le propuso que se casara con él. Y ella le dijo:

—Pero cómo voy a casarme contigo, si yo soy manca, me han cortado los dos brazos.

Dice:

—Eso no importa; pero tienes otras virtudes, tienes el corazón lleno de bondad y, además, eres muy hermosa.

Entonces se casaron. Hicieron una boda preciosa, pero el muchacho recibió el llamado de que tenía que acudir al cuartel. Le dijo a su madre:

—Mamá, yo me voy al cuartel. Por favor, cuídame bien a la Manquita, que nadie le haga daño. Cuida tú de ella, que yo cuando regrese la seguiré cuidando.

Y entonces ella le dijo:

—¡Ay, amor! Tienes que irte ahora que yo estoy embarazada.

Él le dijo:

—No importa, Manquita. Ese hijo será el fruto de nuestro amor, mi madre te ayudará a cuidarla.

Entonces partió el muchacho para el cuartel. Y la Manquita y la madre del muchacho se quedaron juntas, ella en espera de su hijo y ayudando a la señora en lo que podía.

Entonces, todos los meses o todas las semanas, cada vez que podía el muchacho, mandaba cartas a la casa a nombre de la

muchacha, que la decía “cuídenme bien a la Manquita, yo la extraño mucho, la amo mucho”.

Pero una vez cambiaron el cartel, y pusieron a un señor que conocía al padre de la Manquita, y cuando vio el nombre de la muchacha, en lugar de llevar la carta para la dirección de la casa del muchacho, la llevó a casa del padre y se la entregó. Y cuando recibió la carta, dice el padre:

—Esa desgraciada sigue viva todavía y se ha casado. Y encima de eso, es feliz. Mira la carta de amor que escribe su marido. Pero yo me encargaré de destrozar esa felicidad. —Y le dijo al cartero—: Espera un momento, mira, es otra la dirección a donde tienes que llevar la carta. Pero espera, que yo también quiero ponerle una nota a mi hija.

¿Qué hizo? Rompió la carta de amor que había hecho el muchacho y escribió, tratando de darle, más o menos, la misma forma a la letra, una carta que decía “Madre, estoy arrepentido de haberme casado con esa mujer, ¿qué hago yo con una mujer sin brazos? Échala de la casa antes de que yo regrese”. Entonces, el cartero llevó la carta, y cuando la madre del muchacho vio aquella carta, no sabía cómo enseñársela a la Manquita, hasta que ella le dijo:

—¿Qué pasa, mi suegra? ¿Qué sucede que usted está llorando?

Le dijo:

—Mira, tú ya sabes que te quiero como a un hijo. Pero aquí, quien decide es mi hijo, y mira lo que me ha escrito.

Bueno, la Manquita cogió y se puso a llorar, y le dijo:

—No importa, yo me voy. Si ya él no me quiere yo me iré.

Entonces la Manquita se fue, y estaba muy triste. Iba con su barriga: ya el niño estaba casi a punto de nacer. Entonces se fue a deambular por los caminos, y tuvo que parir a su hijo sola, a la orilla de un río.

Y bueno, el instinto maternal y el amor ese que sentimos todas las madres la ayudó a soportar los dolores y a realizar su parto sola. Con agua del río lavó a su niño, y cuando se encontró más o menos restablecida, salió a caminar con su niño *en los brazos*.

Entonces iba por toda la ribera, así, del río, y llegó un momento en que tenía mucha sed, pero no sabía dónde poner el niño y qué hacer para poderse bañar y tomar agua. Entonces se le apareció un viejecito, de pronto, así, salió un viejecito, y le dijo:

—Niña, ¿qué haces por aquí tan sola con ese niño en los brazos?

Entonces ella le contó toda su historia, todas sus tristezas, y el viejecito le dijo:

—¡Pero, muchacha! ¡Suelta a ese muchacho al suelo! ¡Tíralo, vamos!

Y ella le dijo:

—Pero, ¿cómo voy a tirarlo, si es un bebé recién nacido?

Dice:

—No, no te preocupes. Ese niño es quien te va a ayudar.

Me había faltado en el cuento que cuando ella fue a parir el niño, dije que lo había parido sola. Pero a ella se le apareció un hada que, cuando ella se fue a levantar, ya para andar, se lo amarró... así, en la espalda y el pecho, para que lo pudiera llevar. Ella no tenía brazos.

Entonces le dice:

—A ver, quita la amarra esa, yo te la quito, y tira a ese muchacho al suelo, que es el que te va a ayudar —le dijo el viejecito.

Y ella cogió y dijo:

—Bueno, a este señor tendré que obedecerle; si el niño cae y se mata, pues yo me tiraré al río también, y así acabarán los sufrimientos de los dos.

Entonces el viejecito le desamarró la sabanita que tenía, así, en la espalda, que sostenía el niño. Y el niño cayó al suelo convertido en un niño de cinco o seis años, un niño grande. Y le dijo:

—Mamá, a ver para ayudarte.

Entonces le dijo el viejecito:

—Oye, niño, tú eres ahora el encargado de ayudar a tu madre. Vamos, coge agua del río para beber, y coge agua para que se pueda bañar, y ayúdala, que ella no tiene brazos.

Entonces el niño lo hizo así. Era ya un niño grande, y el viejito había hecho el milagro de convertirlo en un niño grande, porque el viejito no era otro que Dios. Y entonces, bueno, la muchacha con ayuda de su hijo se bañó, tomó agua. Le dijo [el viejito]:

—Mira, cógele frutas de aquella mata para que pueda alimentarse, porque tu madre está muy débil, y come tú también; y vamos caminando conmigo.

Entonces el viejito siguió caminando con ellos y les dijo:

—Mira, ahí hay una casa. En esa casa pueden ustedes vivir. Y, por la noche, van a tener una sorpresa un poco desagradable, porque en esa casa salen fantasmas. Si son ustedes capaces de desafiar los fantasmas y de no sentir miedo, tanto tu madre como tú, pues recibirán una sorpresa.

Entonces, bueno, entraron los dos en la casa y, cuando el viejito les dio la llave y él se fue, el viejito les dijo:

—Mañana yo vengo a ver cómo están.

Y cogió la llave y se fue.

Cuando entraron a la casa, había en el comedor una mesa puesta con todo tipo de comida. Y ellos comieron porque tenían mucha hambre, porque con la fruta no habían remediado mucho el hambre. Tomaron agua, y hasta que llegó la noche y se fueron a dormir.

Entonces, cuando se fueron a dormir, sintieron un ruido de cadenas y un ruido muy grande sobre el techo de la casa. Enton-

ces se empezó a ver una mano primero, una mano de un hombre; se movía la mano y una voz que decía:

—¿Caigo o no caigo?

Y el niño dijo:

—Cae, que yo no tengo miedo.

Después apareció en la misma posición, sobre el techo del cuarto, un pie; que se empezó a mover el pie y [se escuchó] una voz que decía:

—¿Caigo o no caigo?

Dice la muchacha:

—Caiga, que no tengo miedo.

Y así hasta que fueron cayendo todas las partes de un hombre, y se formó un hombre alto que les dijo:

—Mira, nosotros, esta casa era de nosotros, que éramos siete hermanos, pero los siete nos morimos. Entonces nos morimos sin hacer testamento, y Dios me ha dado el poder de que, como ustedes no han sentido miedo, yo regreso desde la muerte para hacer testamento. Y les dejo en herencia, a ti muchacha y a tu hijo, todo cuanto haya en esta casa y todos los terrenos y las fincas que hay alrededor, que eran propiedad de nosotros, y se las dejo para ustedes. Yo voy a hacer ahora el testamento, lo voy a firmar, y mañana tienes que ir a la notaría y registrarlo para que todo eso quede a nombre de ustedes.

Bueno, la muchacha se puso de lo más contenta. El muerto se sentó junto a la mesa a escribir el testamento, lo firmó; y, como mismo había aparecido en partes, así, se fue retirando: primero una mano, luego la otra, así hasta que desapareció.

Al otro día regresó el viejito y les dijo:

—Ya veo que no han tenido miedo, que han triunfado en su lucha contra los fantasmas. A muchos vagabundos que han pasado por aquí yo he tratado de ayudarlos, pero no han podido

resistir una noche entre los fantasmas y se han ido. Y ustedes son merecedores de este premio que les ha dado la vida. —Entonces, les dijo—: Mira, ahora vamos a ir conmigo al cuartel, que hoy regresan del cuartel muchos jóvenes que ya han cumplido su tiempo en el cuartel. Vamos a ver si eres capaz de reconocer a tu padre entre todos los que están allí. Si eres capaz de reconocerlo y de darle un abrazo, podrán ustedes vivir juntos, los tres. Pero si no lo reconoces, no te ayudaré, y tú y tu madre se quedarán solos y no volverán a saber nunca de él.

Ella, que estaba muy enamorada de su marido, lo que hacía era pedirle a Dios que, como no sabía que era quien andaba con ella, que su hijo pudiera reconocer al padre. Entonces llegaron al cuartel, y estaba formada la fila por jóvenes que ya regresaban a sus casas, y el niño salió corriendo. Y, a pesar de que los muchachos del cuartel estaban barbudos, con muchas patillas y con las caras completamente diferentes, él fue y se abrazó de un determinado joven, y le dijo:

—¡Papá, papá!

Entonces el joven se quedó asombrado:

—¿Cómo papá? Yo no tengo un hijo tan grande. Yo tengo un hijo que debe tener ahora días de nacido. Y no te burles de mí, no me digas con ese tamaño que yo soy tu papá, que yo he perdido a mi esposa. Mi madre me ha escrito una carta y me ha dicho que ella se ha ido porque dice que yo envié una carta echándola de la casa, y es mentira. Yo no sé quién pudo hacer ese daño.

Entonces la muchacha le dijo:

—Amor, este es nuestro hijo. Y, mira, así soy yo. Yo estoy aquí, aquí estamos tu hijo y yo.

Entonces los demás muchachos del cuartel, que ya conocían la historia porque él en sus horas de tristeza había hablado con algunos amigos de la desgracia que le había ocurrido, lo abrazaron y le dijeron:

—¡Qué bueno! ¡Recuperaste a tu mujer y a tu hijo! Aunque no comprendemos cómo ese niño tan grande pueda ser tu hijo.

Y él les dijo, el niño les dijo:

—Por la noche los invito a todos a la casa que hay del otro lado del río, que ahora es nuestra, los invito a todos a cenar. Voy a hacer una fiesta para todos los habitantes de este pueblo, y voy a contar allí nuestra historia.

Entonces por la noche hicieron una cena. El niño subió en una mesa y, entonces el padre de la muchacha, que no sabía nada de la historia, recibió una invitación especial: “Lo esperamos en tal lugar para una cena importante. Por favor, no falte”. Él, claro, que era tan asesino como tan orgulloso, dijo:

—Debo ser una personalidad importante cuando me invitan de una forma tan especial.

Y fue el primero en llegar.

Entonces el niño subió a una mesa y, delante de todos los soldados del cuartel, delante de todos los habitantes del pueblo, empezó a contar la historia y les dijo:

—Hubo una vez, en este pueblo, un mercader tan ambicioso que, para que su propia hija no repartiera mercancía a sus trabajadores, fue capaz de cortarle los brazos y dejarla amarrada en el monte. —Bueno, y así con toda la historia que yo les he contado. Y él le dijo—: Y el señor al que me refiero está aquí, fue el primero en llegar. Ese es mi abuelo, pero es un criminal.

Entonces, cuando el abuelo trató de escapar, lo cogieron entre todos los hombres de allí, del pueblo. Y dijeron:

—¡Vamos a matar a este hombre! ¡Este hombre no merece vivir!

Entonces el niño les dijo:

—Un momento, que antes de matarlo tiene que cumplir con algo que me debe todavía. ¡Abuelo! ¿En qué pomo los tienes escondidos? ¡Tírame los brazos de mamá!

Entonces el hombre aquel que había guardado los brazos de su hija dentro de un pomo, cogió y los sacó y se los tiró. Y el ancianito que los había ayudado a la orilla del río recogió los brazos y, con un líquido mágico, se los pegó. Y al abuelo aquel, asesino, se lo llevaron entre todos los hombres del pueblo. Y entonces, un policía dijo:

—No se tomen la justicia por su mano. Vamos a llevarlo directamente a la comisaría, que este hombre seguro que la pena de muerte nadie se la quita en el juicio.

Y entonces, la muchacha dejó de ser la Manquita, se abrazó con su marido, contaron toda su historia. Y entonces el niño se tiró de la mesa y les dijo:

—Y ahora ya he cumplido mi función, y voy a vivir el tiempo que me toca, porque yo no tengo cinco años, yo solo tengo unos meses.

Y, al igual que cuando el viejecito desprendió de la sabanita del pecho de su madre y cayó al suelo, y se convirtió en un niño grande, se tiró de la mesa y volvió a ser un niño de unos días de nacido.

Y su madre lo recogió, y en los brazos de su padre y de su madre se quedaron viviendo en aquella casa preciosa, que le habían regalado los siete hermanos que habían muerto.

Y trajeron a vivir con ellos a la mamá del muchacho que tanto la quería, y fueron todos muy felices.

## 8. Blanca Flor, Blanca Rosa y Blanca Nieves

ATU 879

[*La mata de albahaca*]

En una casita de campo vivían tres hermanas: Blanca Flor, Blanca Rosa y Blanca Nieves. La más espabilada y la más bella de todas era Blanca Flor, la más pequeña. Entonces, un día, pasa el príncipe. Al hijo del rey vecino le gustaba mucho ir a cazar por aquella zona. Entonces pasan por allí cazando y se encuentra a Blanca Flor. Y Blanca Flor, que era muy espabilada, le dice:

—Jardinero, jardinero,  
tú que eres buen jardinero,  
dime cuántas hojas tiene esa mata.

Una planta que tenía sembrada frente a la casa.

El príncipe se quedó así, no supo qué contestarle. Pero es que al otro día pasó y la chica volvió a hacer lo mismo:

—Jardinero, jardinero,  
tú que eres buen jardinero y príncipe real,  
¿cuántas hojas tiene esa mata?

Y entonces el príncipe se quedó así, asombrado, no supo contestar. Pero entonces, él, que también era un chico ingenioso, al otro día cuando... Ya al tercer día, cuando pasa ella le dice:

—Jardinero, jardinero,  
tú que eres príncipe real,  
¿cuántas hojas tiene esa mata?

Dice el príncipe:

—Las hojas no son  
tan difíciles de contar.  
Tú que sabes restar,  
sumar y multiplicar,  
dime cuántas estrellas hay en el cielo  
y perlas hay en el mar.

Y entonces la chica se quedó así, que no sabía qué decirle.  
Pero entonces, dice Blanca Flor:

—No, no, yo no me puedo quedar con eso.

Entonces coge y se disfraza, se pone un traje como si ella  
fuera la muerte, y se monta en una burrita y le sale por la noche  
al príncipe. Y entonces, le dice:

—Jardinero, jardinero,  
tú que eres príncipe real,  
dime cuántas flores y hojas tiene esa mata.

Dice:

—Tú que sabes sumar,  
dividir, restar y multiplicar,  
dime cuántas estrellas hay en cielo  
y cuántas perlas hay en el mar.

Dice ella:

—No importa cuántas estrellas hay en el cielo  
y cuántas perlas hay en el mar

si eso todavía  
no me lo has podido contestar.  
Ahora yo soy la muerte  
y te vengo a buscar.

El príncipe se asustó y le dice:

—No creo que todos estos días haya estado hablando con la muerte disfrazada de persona.

Dice:

—Sí. Yo soy la muerte, he venido a buscarte, tienes los días contados.

Dice él:

—¡Ay! ¡Por favor, muerte! Yo soy joven todavía, ¿cómo yo puedo evadirte?

Dice:

—Bueno, como único tú pudieras evitarme es que le pudieras besar a mi burrito el cagalar.

Entonces, bueno, el príncipe cogió, levantó el rabito de la burrita, le dio un beso ahí. Y, al otro día, cuando pasa burlándose de la chica, le dice:

—Tú que sabes dividir,  
sumar, restar y multiplicar  
dime cuántas estrellas hay en el cielo  
y perlas hay en el mar.

Dice:

—Yo no sé cuántas estrellas hay en el cielo  
y perlas hay en el mar,  
pero he visto a un hombre besarle  
a mi burrito el cagalar.

Él se da cuenta que es ella. Dice el príncipe:

—¡Qué va! Yo tengo que burlarme de esta mujer.

Entonces coge un hombre negro, bien negro, de los más negros que hay, y le dice:

—Mira, llévate este dedal de oro y pasa por la casa de Blanca Flor, y no se lo vendas a ningún precio si no te da un beso.

Entonces él pasa por el vecindario vendiendo dedales. El negrito:

—¡Dedales de oro, de plata, de cobre, de lo que lo quieran!  
¡Dedales!

Y pasa por la casa de Blanca Flor, y ella ve el dedal de oro muy precioso, y dice:

—¡Ay! ¿Cuánto vale ese dedal de oro?

Dice él:

—Para ti, un beso.

Dice ella:

—¡Mi madre!

Era un negro feo. Y dice:

—Para ti, un beso.

Y ella coge y le da un beso y el negro le da el dedal. Entonces, a los dos días, cuando pasa el príncipe, le dice:

—Blanca Flor, tú que sabes dividir,  
restar, sumar y multiplicar,  
dime cuántas estrellas hay en el cielo  
y perlas hay en el mar.

Dice ella:

—Yo no sé cuántas estrellas hay en el cielo  
y perlas hay en el mar,  
pero he visto a alguien besarle  
a mi burrita el cagalar.

Dice él:

—Yo le habré besado  
a tu burrita el cagalar,  
pero a ti también te han visto darle un beso  
a un negro por un dedal.

Entonces el príncipe coge y dice:

—Mira, tráiganme a esas tres chicas, las dos hermanas y ella, aquí al palacio, y diles que pidan lo que ellas quieran. Pero tiene que venir medio vestidas y medio desnudas, señoritas y embarazadas.

Entonces, bueno, les llega el mensaje a las tres hermanas, y Blanca Flor coge una red de pescar, y se cubren el cuerpo las tres, así que ya iban medio vestidas y medio desnudas. Y utilizan una ollita, de esas del fondo así, hacia arriba, y se las ponen como barrigas. Y entonces llegan y dicen al príncipe:

—Aquí estamos, medio vestidas, medio desnudas, señoritas y embarazadas.

Entonces, el príncipe dice:

—Muy bien, lo han cumplido, antójense de lo que ustedes quieran.

Entonces, le dicen a la mayor:

—A ver Blanca Rosa, ¿de qué estás antojada?

Dice Blanca Rosa:

—De una pera.

Enseguida le dan una pera.

—Blanca Nieves, ¿de qué estás antojada?

—De una manzana.

Y venga la manzana.

Dice:

—¿De qué estás antojada, Blanca Flor?

—De una nieve tostada.

El príncipe mandó a recoger copos de nieve, lo echaban a la sartén, ¡qué va!, aquello no se tostaba. Lo ponían en una tostadora y tampoco. Entonces el príncipe le dice:

—Me doy por vencido. No hay nieve tostada.

Dice Blanca Flor, se quitó la barriga, dice:

—Si no hay nieve tostada,  
tampoco puede haber  
mujer señorita y embarazada.

Entonces, bueno, el príncipe le dice:

—Serás mi esposa.

Se casan Blanca Flor y el príncipe. Pero Blanca Flor sale al otro día a recorrer las tierras del príncipe. Y ahí se encuentra a dos hombres discutiendo porque uno decía que él era el dueño de un caballo y el otro también. Entonces, ella se acerca y les pregunta:

—A ver, ¿por qué tú dices que el caballo es tuyo?

Dice:

—Este caballo es mío porque yo lo compré, porque yo lo he tenido desde siempre.

Dice al otro:

—A ver, ¿por qué tú dices que es tuyo.

Dice:

—No, porque, mira... hay un potrigo que nació de otra yegua que es idéntico a mi caballo, y este caballo es mío.

Entonces, bueno, estaba la discusión. Lo iban a llevar al fiscal. El otro hombre tenía razón, el dueño del caballo. Entonces, Blanca Flor se le acerca y le dice:

—Mira, mañana cuando el príncipe pase por el lado tuyo, tú colócate con una caña de pescar a la orilla del camino, arrodillado, y cuando el príncipe te pregunte «¿qué pescas?», tú le dices «pardo en tierra y conejo en mar».

Él le dijo:

—Así que voy a hacer.

Ella respondió:

—No se preocupe, que yo voy a estar cerca.

Al otro día pasa el príncipe y le dice:

—Hombre, ¿qué pescas?

Y le dice:

—Pardo en tierra y conejo en mar.

Dice él:

—Pero eso es imposible, nadie puede pescar pardo en tierra y conejo en mar.

Y salta Blanca Flor y le dice:

—Tampoco es posible que un caballo para un potrigo.

Entonces, bueno, le dieron el caballo a su legítimo dueño. Pero el príncipe, indignado, llegó y le dijo:

—Mira, Blanca Flor, este matrimonio no funciona, tienes demasiada agudeza mental. Recoge lo que más tú quieras en este palacio y piérdete, vete de aquí.

Ella cogió y esperó pacientemente a que el príncipe se durmiera, le inyectó un calmante para que durmiera varias horas.

Buscó una carroza, recogió algunas cosas y, en la misma carroza del príncipe, las montó y se llevó la carroza con el príncipe y todo para la orilla de un lago, para una llanura desierta.

Entonces, cuando el príncipe despertó, dijo:

—Y yo, ¿qué hago aquí?

Dice ella:

—No, es que aquí es donde yo tengo mi nueva casa, aquí es

donde voy a vivir. Y como tú me dijiste que me llevara lo que yo más quería de la casa, y lo que más yo quiero es a ti, pues te traje.

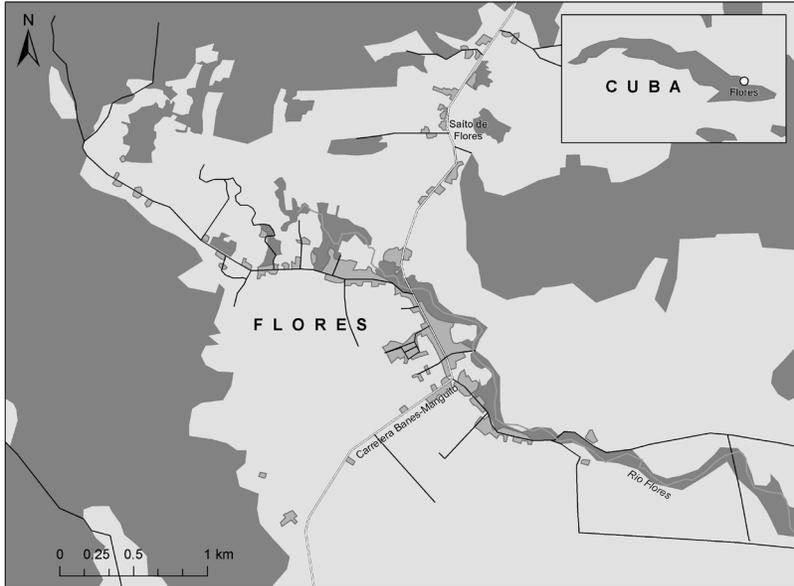
Tuvo que aceptarla como era y, bueno, todavía deben de estar

viviendo felices  
y comiendo perdices,  
y a mí no me dieron  
porque no quisieron.

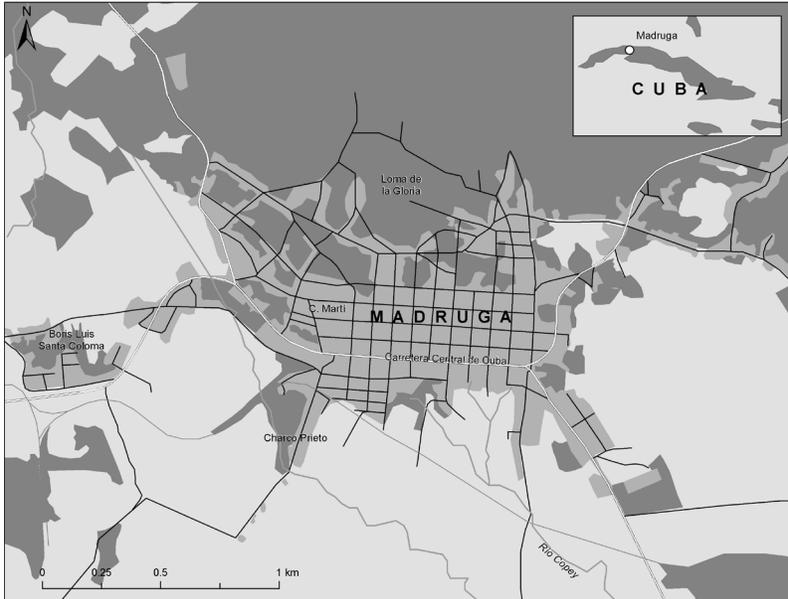
III

DOSIER CARTOGRÁFICO





1. Arroyón de Flores, Provincia de Holguín, Cuba, el pueblo donde Tomasita aprendió los cuentos (mapa elaborado por Karen Montserrat Pantoja Pineda, labGIS, ENES Morelia, UNAM).



2. Madrugá, Provincia de Mayabeque, Cuba, donde radica actualmente Tomasita (mapa elaborado por Karen Montserrat Pantoja Pineda, labGIS, ENES Morelia, UNAM).

IV

DOSIER FOTOGRÁFICO





1. Tomasita Quijala. Las Palmas de Gran Canaria, España, 1998.  
VI Encuentro-Festival Iberoamericano de la Décima y el Verso Improvisado.  
Fotografía de Maximiano Trapero.



2. Tomasita Quiala. Las Palmas de Gran Canaria, España, 1998. VI Encuentro-Festival Iberoamericano de la Décima y el Verso Improvisado. Fotografía de Maximiano Trapero.



3. De izquierda a derecha: Alexis Díaz Pimienta, Virgilio Soto, Tomasita Quiala y Raúl Herrera. Las Palmas de Gran Canaria, España, 1998. VI Encuentro-Festival Iberoamericano de la Décima y el Verso Improvisado.

Fotografía de Maximiano Trapero.



4. Tomasita Quiala en el escenario. Las Palmas de Gran Canaria, España, 1998.  
VI Encuentro-Festival Iberoamericano de la Décima y el Verso Improvisado.  
Fotografía de Maximiano Trapero.

V

FUENTES DE CONSULTA

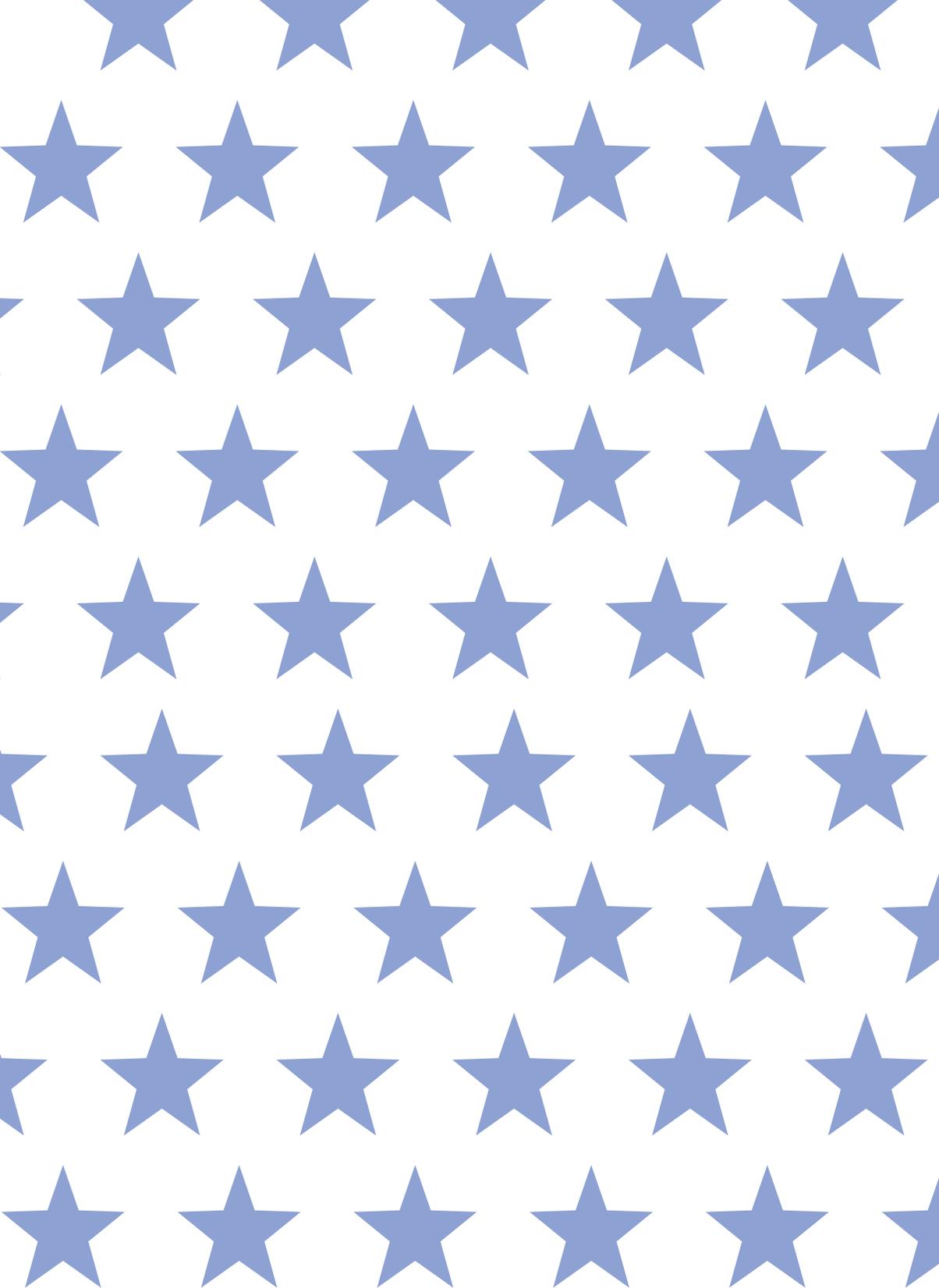
I

ESQUENAZI PÉREZ, Martha (2002). *Los cuentos cantados en Cuba*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

WARREN BECKWITH, Martha (1924). *Jamaica Anansi Stories*, with music recorded in the field by Helen Roberts. Nueva York: American Folk-Lore Society-G. E. Stechert, núm. 78, *The Fish Lover*.

LUPO, Alessandro (2015). "Entre venados y lagartas. Roles, valores e identidades en las narraciones huaves sobre el sexo entre animales y humanos". *Itinerarios: revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos* 21; 123-143.

CASTELLOTE, Eulalia y José Manuel PEDROSA (2008). *La mujer del pez y otros cuentos tradicionales de la provincia de Guadalajara*. España: Palabras del Candil.



“—Yo soy el mismo pez aquel, que me tuve que convertir en pájaro para huir de tus padres y de su tiranía. Pero tú sabes que yo sé que no puede ser entre nosotros ninguna relación. Pero yo te quiero, te amo.”

Tomasita Quiala

La colección de cuentos tomados de la viva voz que regala este libro irradia magia. Primero por la fabulosa personalidad de la narradora, Tomasita Quiala, gloriosa artista del verso improvisado, que comparte por primera vez con su público el vasto repertorio de cuentos maravillosos que aprendió desde los tiempos de su infancia en la Cuba más rural y profunda. Y además, por la extensión, la belleza, el barroquismo con que elabora sus recreaciones de unos relatos (entre ellos *La Cenicienta*, *Las tres naranjas*, *La mata de albahaca* o *La mujer pez*) que nunca sonaron tan vibrantes, tan suntuosos, tan tropicales como en su voz.

J. M. Pedrosa

[Corpus 5]



ESCUELA  
NACIONAL  
DE ESTUDIOS  
SUPERIORES  
**UNM**  
UNIDAD MORELIA

**LAN**  
**M**[Editorial]

